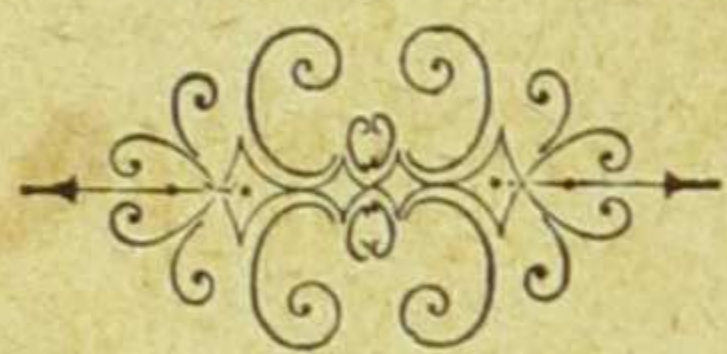


LOS DOS ULTIMOS
INTERESANTES FOLLETOS

SOBRE
EL LIBERALISMO

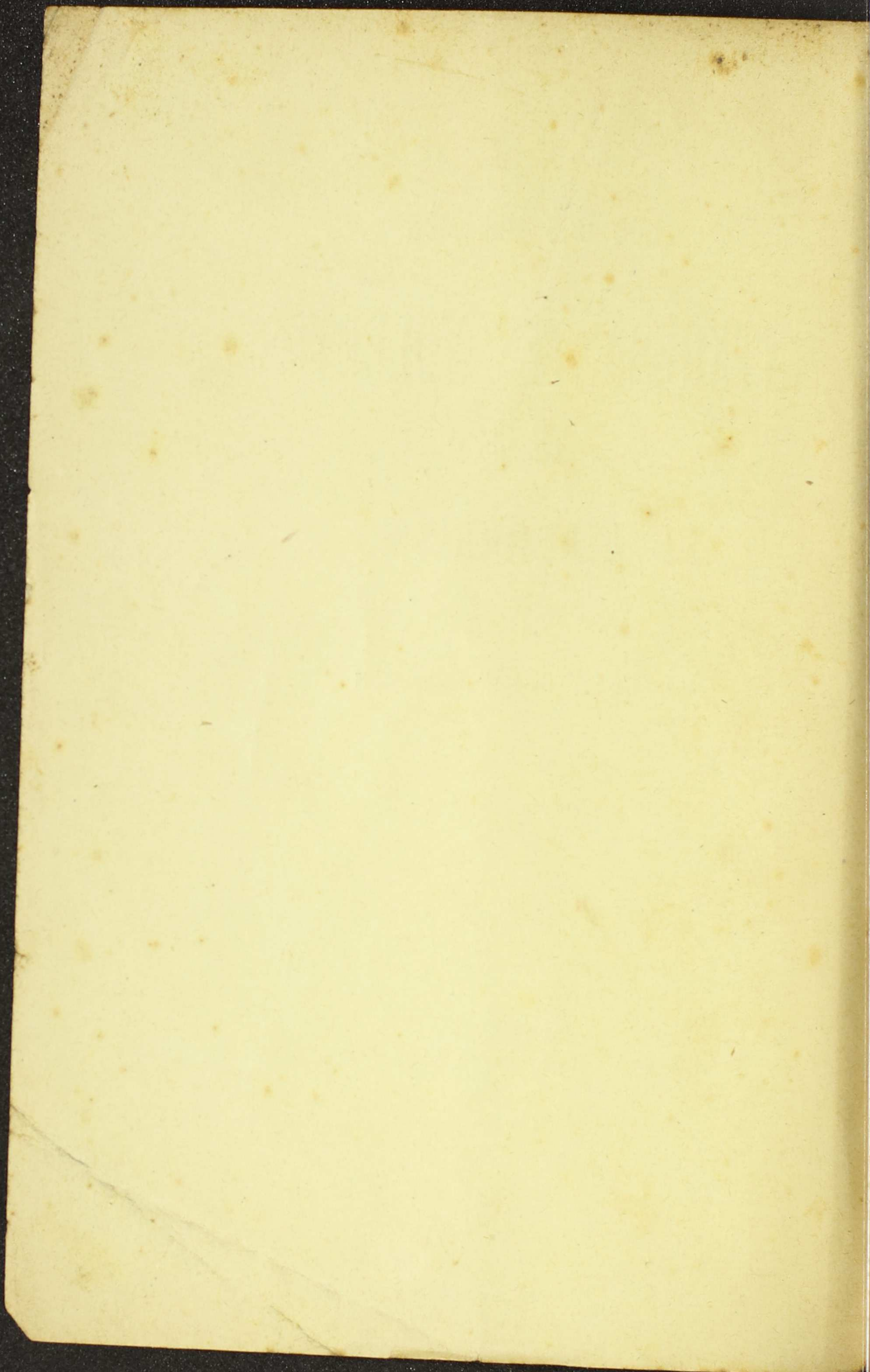
Imprimatur : ☒ Bernardus Archiepiscopus

Segunda edición.



BOGOTÁ
ESCUELA TIPOGRAFICA SALESIANA

—
1899.



LA CARTA

DEL

II^{mo} Señor Arzobispo

Al Doctor Don

RAFAEL URIBE URIBE

Imprimatur: ✠ Bernardus Archiepiscopus

Segunda edición.



BOGOTÁ

ESCUELA TIPOGRAFICA SALESIANA

—
1899.

LA CARTA

II. No. 2 Señor Arzobispo

Al Doctor Don

RAFAEL URIBE URIBE

Excmo. Sr. Arzobispo de Bogotá

Señor Arzobispo

BOGOTÁ

El día 1.º de Mayo de 1884

Yo

LA CARTA

DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR ARZOBISPO A DON
RAFAEL URIBE URIBE.

Si la Providencia Divina se manifiesta con frecuencia muy clara hasta en las cosas más sencillas, en tratándose de los asuntos graves del hombre y, más que todo, del asunto por excelencia grave, cual es el de la Religión, Dios nada deja que desear, por expresarnos así, en su acción providencial. Y tanto más providencial y más admirable resulta esa acción protectora de Dios, cuanto más imperiosa era la necesidad que había de ella y cuanto más insignificante fue la circunstancia ú ocasión que vino como á determinarla.

Prueba palpable de esta gran verdad es la carta que el Ilustrísimo Señor Arzobispo ha escrito á don Rafael Uribe Uribe, en contestación á la que dicho señor creyó debía dirigir al Prelado Metropolitano. Y no creyó mal el señor Uribe, para los fines de Dios, quien hace que todo éntre en sus planes eternos para que todo, de grado ó por fuerza, preste eficaz servicio á su gloria.

Admirablemente ha llenado su deber el insigne Prelado, y si siempre ha merecido bien de la Iglesia y de su grey, ahora parece como que hubiera puesto el complemento á su ya inmarcesible gloria. Esa carta, ella sola, revela todo el mérito del Ilustre Pastor y la Iglesia Colombiana la custodiará, sin duda, entre sus más preciosos documentos, como que toda ella encierra doctrina católica purísima de actual y decisiva importancia para la sociedad y para la misma Iglesia, y es al mismo tiempo hermoso ejemplo y enseñanza práctica de entereza y elevación de carácter, lo mismo que de fe muy aquilatada y de incontrastable firmeza en el cumplimiento del siempre exigente é imperturbable Deber. ¡Que Dios depare siempre á Colombia Prelados, así, modelos!

Después de esa carta admirable ¿qué duda honradamente católica podrá quedar en una conciencia también honrada y sinceramente católica? La disyuntiva es clarísima, terminante, ineludible, porque la doctrina reprobada es clarísima, terminante é ineludiblemente *anticatólica*. O Liberal ó Católico, hé ahí la ineludible disyuntiva.

La doctrina liberal es anticatólica. Hé ahí también la gran verdad que origina la perentoria disyuntiva, y no es verdad de hoy sino verdad de siempre, pero verdad que *se quiere*, á todo trance, que no sea verdad aunque lo sea, y tanto, que hasta se toca ya con las mismas manos.

Indudablemente pasan cosas en sumo grado misteriosas en el fondo de ciertas almas. No tienen inconveniente alguno en admitir y creer sinceramente el antikatolicismo de otras doctrinas, antikatolicismo declarado tál por la Iglesia Católica y creído tál por esas mismas almas, precisamente porque así lo ha declarado la Iglesia. Ningún inconveniente tienen esas almas en creer y confesar los misterios más recónditos y naturalmente increíbles, como el de la Encarnación del mismo Dios, el de la Transubstanciación del pan y del vino, etc., y así lo creen y lo confiesan, porque justamente así lo enseña la Iglesia. Parece que esas almas misteriosas tuvieran en toda su pureza y en todo su vigor la fe sincera que debe tener el católico verdadero; porque ellas renuncian *decididamente* hasta á la aparente evidencia de su razón, y no porque la razón les demuestre que no es más que apariencia, sino porque la misma Iglesia así se lo dice; ellas renuncian sin esfuerzo alguno á la violencia palpable que

les hacen sus sentidos en obsequio de la fe que deben y que, gustosos, prestan á la Iglesia. En una palabra: para esas almas, en tratándose de religión y de fe, parece que la Iglesia y únicamente la Iglesia fuera su todo, como en realidad debe serlo para todo creyente sincero.

Todos detestamos la ambigüedad en todo orden de cosas y nos causan náuseas los hombres que buscan nadar en dos aguas, ó quieren comer á dos carrillos, ó no tienen á mal encender dos velas, una á San Miguel y otra á quien el Arcángel tiene en su peña; y esas mismas almas abominan, más que nadie, de quien en política estudia pertenecer á distintos géneros á la vez.

Pues la Iglesia Católica, enteramente la misma, declara de manera precisa y decisiva, sin lugar á dudas ni tergiversaciones de ninguna especie, que

la doctrina liberal es anticatólica.

Y entonces, toda la grandeza y majestad de la Iglesia y el respeto grande y la fe que se le debe desaparecen en un instante para esas mismas almas, y la ambigüedad, precisamente en lo más serio y más grave para el hombre, ya se reviste ante ellas de otro carácter completamente distinto. A pesar de cuanto diga y siga diciendo la Iglesia, la doctrina liberal ha de ser para esas almas doctrina muy cató-

lica ó al menos no es doctrina anticatólica y, por consiguiente, se puede vivir tranquilamente católico y liberal al mismo tiempo y así también tranquilamente morir. Hablemos con toda la seriedad de la verdad: ¿no es eso un misterio verdaderamente insondable, no es un fenómeno el más singular ése que pasa en el fondo de esos espíritus?

Pero el misterio se hace todavía más y más insondable. No les habléis así á esas almas que tan católicas por otra parte se muestran y tan enemigas de la ambigüedad y de todo lo indefinido, mayormente en lo que más se necesita lo bien determinado y perfectamente deslindado; no queráis llevar hasta allá la convicción á esas almas y, puesto que la tienen porque es imposible que no la tengan hondísima, no pretendáis removérsela para nada, en ningún sentido ni en ninguna ocasión, ni para cumplir vosotros con un deber el más sagrado ni para evitarles á ellas mismas el mayor de todos los males, cual es el de su perdición eterna; nó, no toquéis ese punto jamás, jamás. Es cierto, es indudable, la convicción la tienen esas almas porque la verdad se impone irresistiblemente, y en este punto de condenación de esa doctrina la verdad no puede ya manifestárseles de manera más evidente; pero en el instante mismo en que hagáis siquiera

la más leve alusión á esa verdad, á la convicción se sobrepone el desprecio y aun la indignación y en el furor con que la verdad se escucha queda como sepultada la evidencia. ¡Qué misterio, Dios santo, qué misterio !

Sí, ¿qué es eso, qué es eso que está pasando á esas pobres almas? Ellas mismas lo sienten, son las víctimas, pero no acaban aún de entenderlo. Hé ahí el carácter distintivo del error liberal, hé ahí lo que nosotros llamamos "error en el que se ha destilado la quinta esencia del Genio del Mal."

Por sus efectos se palpa la verdad de esa definición. ¿Cuánto hace que la Iglesia viene hablando de la manera más terminante? Y lo repite diariamente y en todos los tonos y en cuantas ocasiones se presentan. Pero ahí tenéis al católico-liberal tan el mismo, como si jamás la Iglesia hubiera dicho una sola palabra á ese respecto, pero oyendo entre tanto cuanto sí ha dicho y sigue y seguirá repitiendo : ahí tenéis al católico-liberal atento, sumiso, respetuosísimo á todas las voces y enseñanzas de esa misma Iglesia; mas al repetir ella, al recordar al mundo que es anticatólico ser católico-liberal, ahí tenéis como

siempre al católico-liberal..... *si, fractus, illabatur orbis..... ¡impavidum ferient ruinae!* Eso si, como antes dijimos, no es con el desprecio ó con la indignación con lo que se contesta á la que en otros casos llamamos "infalible Iglesia de Dios."

Y si la Santa Madre Iglesia así es correspondida, no seremos nosotros por cierto los que hayamos de abrigar la pretensión de que este nuestro trabajo, hecho con el mejor espíritu de intención, para gloria de Dios y bien de las almas católicas y de buena voluntad, no corra igual suerte entre quienes no tengan esa buena voluntad, ni para con la Iglesia, su madre, ni para con el Prelado que, en nombre de ella, tan amorosamente les recuerda el anticatolicismo de su liberalismo, para que *con tiempo* vean lo que hacen, ni siquiera tienen esa buena voluntad para consigo mismos para no perderse. Esa mala acogida no será sino una confirmación inmediata, práctica y demasiado elocuente de lo que precisamente venimos afirmando. ¡Que Dios Nuestro Señor toque esas voluntades! que no otra cosa más es lo que se necesita para que vuelvan al camino. Luz sobra, buena voluntad es lo que falta.

Pero, por fortuna, no son más que ciertas almas las víctimas de esa tenacidad. Por fortuna, decimos, porque en esto de la verdad, y más trascendental, priva con mucho mayor razón lo que en sapientísimo adagio ha pasado y todos tenemos en nuestros labios diariamente como garantía de nuestra seguridad: “más vale el enemigo claro que el amigo fingido.” Los hombres honradamente lógicos al menos, proceden de muy distinta manera en esto de Catolicismo y Liberalismo. Resueltamente se van ó al uno ó al otro término de la disyuntiva, sin empeñarse jamás en buscar el medio, porque saben honradamente que no lo tiene la disyuntiva, y sin empeñarse tampoco en amalgamar los dos únicos términos, porque honradamente conocen que, á más de haber en eso un imposible absoluto, es sobremanera desdoloroso para quien no puede engañarse á sí mismo ni intenta engañar á los demás y mucho menos á la Iglesia y á Dios; para quien, por más que quiera, no puede vivir *así* tranquilamente ni *así* tranquilamente morir.

La doctrina liberal es anticatólica. Muy bien; pero ¿cuál es la doctrina liberal? Esa pregunta hecha así en general, equivaldría á

esta otra : “¿y cuál es el error anticatólico que de una manera ó de otra no haya figurado en alguno de los cánones de la doctrina liberal, ó al menos que alguna vez no haya sido aceptado por el Liberalismo ó por los liberales? Pero concretando la pregunta á lo que con especialidad se entiende por doctrina liberal, la condenada por la Iglesia con insistencia tanto más seria y marcada cuanto más pertinaz es la rebelión del católico liberal contra su autoridad divina, responderemos con el actual Pontífice León XIII (1), quien distinguiendo tres clases de hombres liberales, distingue tres clases de doctrinas liberales, todas ellas anticatólicas.

La primera clase de liberales la componen aquéllos que defienden como doctrina que “la razón humana es independiente en absoluto, porque no tiene ley alguna ó superior á quien deba sujetarse.” Estos hombres, como es evidente, niegan en consecuencia, de manera implícita, la existencia de Dios, no admitiendo como tal sino á la misma humana razón. Ateos, pues, ó Panteístas más bien que Liberales, deberán llamarse los que tal digan, ya que sentirlo no pueden.

(1) Encíclica *Libertas*.

Forman la segunda clase los que sí admiten la Ley natural y eterna de Dios, á cuya voluntad de grado se someten, como esta voluntad, empero, se manifieste al hombre de modo natural, por la sola luz de la razón: de otra suerte, no hay obligación, dicen, de someterse á esa voluntad de Dios sobrenaturalmente manifestada, porque, ó no hay tal manifestación, por ser ella imposible, ó si la hay, no es esa la voluntad divina á que está sujeto el hombre. Estos hombres deberán llamarse, como es claro, Racionalistas, más bien que liberales.

Por último, los Liberales propiamente dichos, y á éstos llamamos aquí Liberales, son aquéllos que sí admiten á Dios revelado y á su Religión revelada, y hasta admiten á la Religión Católica como la única verdadera y revelada, y convienen así mismo en que ella es necesaria y obligatoria para todo cuanto se cree y se dice que lo es; *pero* menos para una cosa: para la Nación, ó sea, el Estado. Porque el Estado es en absoluto independiente, dicen, de la Iglesia, él tiene autonomía absoluta con relación á la Iglesia, y el hombre como súbdito del Estado, no tiene autoridad superior religiosa á quien deba obedecer.

Hé ahí las tres clases de Liberales; pero, de hecho, consta históricamente que éstos

últimos, los más propiamente llamados liberales, no quedan en su sola independencia de la Iglesia, como teóricamente lo suponen, sino que necesariamente se van al Racionalismo, al Ateísmo ó al Panteísmo, con todas sus consecuencias prácticas, porque es imposible no reconocer autoridad inmediata superior, sin sacudir hasta la de Dios.

Más aún : hay cuatro hechos innegables para cuantos no acostumbran en estas materias negar, sólo porque es preciso negar á todo trance.

El primer hecho es, que el católico-liberal que tiene alguna instrucción y á quien quedó algún pedazo de conciencia, quizá comenzó á ser liberal no más que en el sentido de la doctrina expuesta; pero terminó, y él ya lo ve así aunque no lo dice, por sentirse como juez para todo ó casi para todo lo de la Iglesia.

El segundo hecho es, que el católico-liberal no instruído ó de pacotilla y adocenado, ya desde que comenzó á ser liberal, comenzó por creer que ser liberal consiste en tener libertad completa para todo, todo, y en eso de religión, para creer ó no creer como le dé la gana ; de manera que si él es católico, eso es porque le da la gana, y lo será en lo que la gana le dé y por el tiempo no más que le esté dando la gana. Y ésos táles, si así son desde

que comienzan, ¿quién puede calcular lo que siguen siendo, conforme se van perfeccionando, y el punto en que terminan finalmente?

El tercer hecho es, que todo el que en su doctrina religiosa tiene algún error anticatólico ó tiene todos los errores juntos, como el Ateo, porque el Ateísmo es el principio negativo de toda religión, ésos táles, por sólo eso, ellos mismos dicen que son liberales y como liberales, *ipso facto*, los consideran hasta los niños, y como liberales figuran en la sociedad.

El cuarto y último hecho es que quienquiera que se siente liberal, se siente también, *ipso facto*, con cierta inclinación y secreta facilidad para sacudir en todo la autoridad de la Iglesia; y si no anda con sumo cuidado, ó dicho con más verdad, si Dios no se apiada mucho, en eso se pára á la fin y á la postre, especialmente al presentarse ciertas ocasiones y épocas en que la disyuntiva “ó liberal ó católico” se impone ella sola prácticamente al católico-liberal con fuerza y violencia irresistible. ¡Lo que es la verdad!

¿Qué tiene, pues, el Liberalismo? ¿qué secreto, qué fuerza de atracción terrible y misteriosa hay en él, y tan sutil por otra parte, cuando todo eso pasa, y á veces entre personas

que, al verlas víctimas, casi de la noche á la mañana, queda santiguándose el hombre que tiene la felicidad de no sentirse aún influenciado? Que explique el católico-liberal esos hechos, explicándonos su misteriosa causa y la naturaleza ó *bondad* moral de ella.

Esa autonomía liberal del Estado con respecto á la Iglesia, según dijimos arriba, es anticatólica y anticatólicas son todas las consecuencias doctrinales y prácticas que lógicamente se deriven de esa autonomía. Ese anticatolicismo liberal es el que la Iglesia expresa y terminantemente declara como tál, de manera concluyente y evidentísima, y eso mismo es lo que en su preciosa carta repite á sus fieles, en nombre de la Iglesia, el Ilustrísimo Señor Arzobispo de Bogotá.

Según esto, *cualquiera*, aunque se proponga no entenderlo, tiene que comprender que, siendo anticatólica toda la doctrina liberal y siendo liberal quien, en todo ó en parte, profesa semejante doctrina anticatólica, por consecuencia necesaria, inmediata y hasta no más evidentísima “anticatólico es quien es liberal.” Ser, pues, católico y ser liberal, son términos que ellos solos necesariamente se rechazan.

Por lo visto, si la doctrina liberal es ésa, según ella misma, debería el Estado-Liberal no meterse con la Iglesia. Esa es la teoría; pero la práctica del Liberalismo es tan distinta, que parece ser todo lo opuesto á lo que en teoría profesa; porque en los Congresos y Gabinetes liberales, y en la prensa liberal y en cuanto lleva el sello del Liberalismo, siempre y en todas partes, el punto culminante y el tono principal es "la Iglesia Católica." La Iglesia Católica es el sueño y la gran pesadilla del liberal sincero, del liberal verdadero, del liberal que bien sabe lo que es ser liberal y lógicamente procede en su rumbo liberal.

Y en realidad, ésa tendrá que ser siempre la meta apetecida del Liberalismo, y los liberales verdaderos bien lo saben y lo entienden y lo procuran, y se ríen del candor de los liberales-católicos ó falsos liberales. Sí, la Iglesia Católica, su desaparición, si fuera posible, eso tiene que ser el gran *desideratum* del que en realidad de verdad es liberal; porque la naturaleza de las cosas es inmutable, é inflexible tiene que ser la lógica de los hechos cuya fuente es esa misma naturaleza. Pues qué, según lo visto, ¿el Liberalismo no es anticatólico en su misma naturaleza intrínseca? Pues antagónicos han de ser eternamente, quieran ellos mismos ó no quieran. Para el Liberalismo,

el enemigo mayor, á quien de preferencia hay que combatir, lógicamente *tiene que ser* la Iglesia Católica. Por eso, con toda lógica ó cordura liberal habló quien, señalando á la Iglesia en su genuina representación, el Clero, dijo: “¡El Clericalismo, ése es el enemigo!”

Esos son los que lo entienden bien y saben á dónde y por dónde van. Por eso mismo, ¡cuánta compasión causa la candidez, por no decir otra cosa, que se revela en los que se imaginan estar arrullando en su mismo mágico Liberalismo su santo Catolicismo, en nido de milanos la inocente paloma! No hay duda alguna, quienes así proceden, ó no saben lo que es ser liberal, *lo son porque lo son*, ó su mala fe es excepcional. Nó, no es posible ser católico verdadero y liberal verdadero al mismo tiempo; ó liberal verdadero y católico falso, ó católico verdadero y falso liberal.

Los falsos liberales, es decir, los que, queriendo ser católicos y liberales, ni son católicos ni liberales, como no tienen rumbo fijo y definido de doctrina sino amalgama de principios, tampoco tienen rumbo fijo y definido de sentimientos sino amalgama de afectos, y en el vaivén de sus doctrinas llevan el vaivén

de sus amores. Eso es lo que hace en ellos que por épocas y hasta por días no más, se sientan como netamente católicos; pero á esas épocas y á esos días suceden épocas enteras y aun días solamente en las que sus almas sienten hasta el odio disimulado á la Religión y á sus ministros, y están en disposición de pasar *por todo*, antes que renunciar á la cara mitad, á la porción que les cupo de liberalismo. Ahí está la experiencia de todos los días que confirma esta verdad infalible en todos los hombres anfibios, sea en lo político, sea en lo religioso, en esos hombres imposibles de definir, porque, pareciendo ser de todos los géneros y especies, resulta en definitiva que á nada pertenecen en la verdad de la realidad.

Y así tiene que suceder, porque ¿de cuándo acá se ha podido servir bien impunemente á dos señores opuestos, de cuándo acá se ha podido amalgamar el *sí* y el *no* á la vez? El Catolicismo afirma enteramente lo mismo que niega el Liberalismo; luego esa amalgama sólo puede caber ó en la ignorancia ó en la malicia, jamás en la realidad. Por eso, ya lo hemos dicho y de nuevo lo repetimos: católicos sinceros son los que no son liberales, porque prefieren, ante todo, su catolicismo; liberales sinceros son los que no quieren ser ni son católicos, porque prefieren, ante todo, su libera-

lismo. Eso es proceder con lógica, lo demás nada tiene de lógica y mucho menos de honradez.

Mientras el católico--liberal no obre el imposible de que ó desaparezca alguno de esos dos principios antagónicos, Liberalismo y Catolicismo, ó desaparezca el antagonismo de esos principios, el católico—liberal tendrá que aparecer ante su propia conciencia y ante cualquier hombre racional, como el fenómeno más singular del absurdo y del ridículo.

Pero si el católico-liberal no puede hacer que desaparezca ninguno de esos principios ni tampoco el antagonismo de ellos en sí objetivamente, puede, sin duda alguna, hacer que desaparezca su liberalismo-católico-subjetivo, haciendo que desaparezcan las causas que lo sostienen.

Si la amalgama es efecto de la malicia, tan difícil será que desaparezca, como difícil es curar la ceguera voluntaria, porque ésa no la cura sino el mismo que la produjo, es á saber, la libre voluntad. Pero si la amalgama es hija del error, no sería tan difícil hacerla desaparecer, procurando la desaparición del mismo error, como haya, empero, buena voluntad.

Mas al llegar á este punto cabe necesariamente preguntar á cualquier hombre racional: en materia como ésta, tan debatida, tan clara y de tal suerte manifestada, que no es dado llegar á mayor grado de evidencia, ¿ puede haber error involuntario, es posible error alguno? Eso es lo que nosotros no vemos ni posible, porque no cabe ya el error en donde sólo brilla la verdad hasta deslumbrar.

Nó, no es el sencillo, el inocente error, la causa del liberalismo-católico de muchos hombres, porque ni carecen de instrucción religiosa, ni viven en las soledades, y están oyendo estas mismas verdades más de lo que ellos mismos quisieran. Las pasiones, las conveniencias, el temor de perder ó la esperanza de tener, el respeto humano sobre todo, el puntillo de amor propio herido, porque liberales fueron mis padres y mi familia, etc., hé ahí las grandes causas y únicas causas verdaderas; esos mismos hombres bien lo saben, y al testimonio de su propia conciencia apelamos nosotros.

Con todo, no se nos oculta que hay un error, que pudiéramos llamar *artificial*, y que existe aun en medio de la misma evidencia, con todas las apariencias de error intelectual,

cuando en el artificio de ese error están interesadas las más vivas pasiones del hombre, para tener como algo en qué apoyar la conciencia, á fin de complacer *tranquilamente* al apetito.

“ Si el Liberalismo fuera tan anticatólico, nos decimos, como lo afirman los exaltados, los intolerantes, los poco ó nada ilustrados, sean particulares ó Sacerdotes ú Obispos y aun los mismos Papas, nosotros no podríamos recibir los Sacramentos ni habría tampoco quien pudiera ni quisiera administrárnoslos. Es así que este condicionado no se verifica, porque nosotros sí recibimos los Sacramentos y hay quiénes nos los administren. Luego no existe esa condición, es decir, no hay tal anticatolicismo del Liberalismo, y “ podemos, de consiguiente, vivir tranquilamente católicos y al mismo tiempo liberales, y así tranquilamente morir.”

¡ Oh, y cuántos en verdad, así católico-liberales viven, y así católico-liberales mueren !; pero ¿ tranquilamente ?; eso ya es otra cosa muy distinta. En vida, la intransigente conciencia, y en muerte, la proximidad de la pavorosa Eternidad, tienen que conturbarlos hondamente.

No rehuímos el argumento que, antes, lo presentamos con toda la fuerza que él pudiera

tener. Confesamos también que para el católico menos ilustrado ó poco reflexivo, y especialmente para el inclinado al Liberalismo, y más que todo, para el ya acostumbrado á él, ese argumento es incentivo poderoso para ir al Liberalismo con una misteriosa esperanza de no tener, por eso, que dejar de ser católico; y es también poderosísimo halago para conservarse en el Liberalismo y perfeccionarse más y más en él. Mas, en cambio de nuestra franqueza, contéstennos las siguientes preguntas el católico-liberal y cualquiera que, sabiendo ya lo que es el Liberalismo ó la doctrina liberal, tenga, no más que expedito, el uso de su razón.

1.^a ¿Es un hecho que la Iglesia Católica ha declarado antikatólica la doctrina liberal?

2.^a ¿No es liberal quien profesa, en todo ó en parte, la doctrina liberal?

3.^a Siendo antikatólica la doctrina liberal, ¿no es también antikatólico quien la profesa, esto es, el liberal?

4.^a Y siendo todo esto así, ¿la doctrina liberal no es antikatólica? ¿el liberal no es antikatólico?

5.^a Decir, hacer, obrar de esta manera ó de la otra, observar esta ó aquella conducta, ¿hace, acaso, que una cosa deje de ser lo que es?

Pues, prescindiendo nosotros de las causas concretas y de circunstancias que determinan á obrar de este ó del otro modo á los encargados de la dirección espiritual, tanto ellos como cualquier persona que tenga alguna instrucción en materia teológica, tendrá que convenir necesariamente en

1.º que las cuatro primeras preguntas arriba hechas, no pueden tener más respuesta que la de un categórico SI, y la quinta sólo un categórico NO.

2.º que ser liberal consciente, lleva consigo, por lo menos, (1) grave pecado de rebeldía contra la muy debida sumisión á la Iglesia.

3.º que, por eso mismo, para la buena recepción del Sacramento de la Penitencia y consiguiente recepción buena del de la Eucaristía, el liberal que quiera recibir bien esos sacramentos, debe dolerse de ese su pecado de liberalismo con toda sinceridad, y con toda sinceridad prometer la enmienda de él y confesarlo *así* humildemente.

4.º que los confesores no están obligados, en general, á escudriñar ellos espontáneamente en ese sentido las conciencias liberales; pero

[1] Por lo menos: porque el rechazo de la Autoridad divina de la Iglesia y la naturaleza de la doctrina rechazada, ponen ya al católico-liberal á un paso cortísimo de la *Herejía formal*.

el liberal penitente, que se confiesa, sí está muy obligado á declarar ese su pecado al confesor, so pena de arrastrar infaliblemente las consecuencias que siguen al hecho de callar maliciosamente en la confesión un pecado, de suyo grave.

5.º que si el liberal, que se confiesa, declara su liberalismo al confesor, con las condiciones antes dichas de dolor y propósito sincero, y, por otra parte, no mediare otra causa que obste á la absolución, nada tiene que el confesor absuelva y que el liberal reciba con provecho la absolución.

6.º que no puede haber confesor alguno que, con buena conciencia y sin traicionar su santo ministerio, pueda absolver al liberal verdadero, es decir, al que es liberal sabiendo lo que es serlo, sin que se duela ni, de consiguiente, tenga propósito serio de dejar de serlo en adelante, y sabiendo todo eso el confesor.

7.º que si hay confesores que absuelven al liberal, eso tiene que acontecer, sin ninguna duda, porque lo encuentran ó racionalmente lo calculan bien dispuesto á ese respecto de liberalismo, para el efecto de la absolución, ó porque el liberal calla ese su grave pecado, sea por malicia, ó por olvido, ó por la ignorancia de que sea pecado, hija de la ignorancia de lo que en realidad es el Liberalismo.

8.º que de los sacrilegios que esas absoluciones malas aparejan, con la consiguiente responsabilidad horrenda, por regla general, no serán los sacerdotes los que han de dar la estrecha cuenta, porque ellos, con toda seguridad, no absolverían si conocieran bien la actual indisposición del liberal que se les arrodilla. Quien carga, con todo el peso de la espantosa responsabilidad, es el mismo liberal que á tanto se atreve, porque sabiendo y conociendo bien su pecado liberal, maliciosamente se lo calla, ó de cualquier otro modo engaña al confesor, para ser absuelto.

9.º Que ser liberal *conscientemente*, es pecado grave como cualquier otro pecado grave; y, por consiguiente, el pecador liberal está bajo las mismas leyes á que está sujeto todo pecador con pecado grave para los efectos de la administración de los Sacramentos, por parte del Sacerdote, y para los de la recepción de los mismos Sacramentos, por parte del pecador liberal.

10.º que los Cooperadores, es decir, aquéllos que, sin ser propiamente liberales, porque no profesan las doctrinas del Liberalismo, ponen, no obstante, su contingente en favor de él, y especialmente si llevan el nombre de liberales, porque aunque ese nombre en ellos está vacío, no así ante los demás, y porque aunque para ellos personalmente ese nombre es estéril, es,

sin embargo, eficazísimo para los efectos morales del nombre, la fama, la popularidad del Liberalismo, como también para los efectos de formación, aumento y progreso de la misma secta liberal, y para los del escándalo que se da; que esos cooperadores, decimos, además del papel extravagante y ludibrioso que representan ante propios y extraños, caen también bajo las leyes de la cooperación, para los efectos antes dichos de administración y recepción de los Santos Sacramentos.

11.º y último, que todo lo dicho encamina á la contestación sencilla y clarísima del famoso argumento, ideado y fabricado para que los gritos de la conciencia pierdan siquiera algo de su fuerza al estrellarse ante esa muralla fabricada por la astuta malicia.—1.º No negamos que el católico-liberal *recibe los Sacramentos*; pero ¿puede en conciencia recibirlos *así*, sabiendo lo que es ser liberal, no teniendo ni dolor ni propósito de la enmienda de su pecado? ¿los recibe *así* bien, son aceptos á Dios y provechosos para su pobre alma? Esa es la cuestión, y no de si se reciben los Sacramentos sea como se fuere. Y qué ¿no se puede cometer sacrilegios, como se puede cometer robos, asesinatos etc? La cuestión no es de si se puede alargar la mano para tomar lo ajeno, ni de si se puede hundir un puñal en el cuerpo

del prójimo, sino de si eso se puede hacer lícitamente y aun con mérito.—2.º *Hay quienes administran los Sacramentos al católico-liberal.*—No se trata de eso, sino de si se administran bien ó mal. Y como eso, en general, no depende del Sacerdote, sino de la disposición que presenta al sacerdote el penitente, la cuestión se reduce á saber: si hay liberales que se acerquen en mal estado á recibir los Santos Sacramentos, aparentando buena disposición, y que en mal estado los reciban y, ya recibidos, salgan en peor estado por el sacrilegio cometido.—3.º *Es así que este condicionado no se verifica, porque nosotros sí recibimos los Sacramentos etc.*—Es claro, y no se verificará jamás, mientras haya quienes, como antes se dijo, tengan ánimo de cometer sacrilegios tan nefandos. El no verificarse ó ponerse el condicionado, depende únicamente de eso, y no por culpa del Sacerdote ni porque no exista el anticatolicismo del Liberalismo. No haya quienes se atrevan á tanto sacrilegio, no haya quienes den tan repugnante escándalo, recibiendo los Sacramentos mientras son y siguen siendo liberales *conscientes*, y el condicionado se verificará en este nuestro caso infaliblemente. Lo que sí está declarando el argumento, puesto que ése es el hecho en que él descansa, es: que sí hay hombres que se resuelven á cometer tremendos sacrilegios y á

dar gravísimos escándalos.—4.º Luego la consecuencia que de ese argumento saca el católico-liberal, no es sino consecuencia católico-liberal, tan falta de lógica como llena de artificio para no perder su catolicismo conservando su liberalismo. Esa es una consecuencia que manifiesta de manera clarísima la fábrica aquella de la pasión, para formarse algo que deje siquiera medio tranquila á la conciencia católica, mientras se complace al apetito liberal; que para arbitrios ingeniosos, pero nada más que ingeniosos, no hay nada más hábil y más sutil que la pasión, sobre todo tratándose de no perder la eternidad sin mengua tampoco alguna de las conveniencias de acá abajo. Mas siempre resulta que la ingeniosa pasión sale perdiendo, porque al halago sigue la pena cruel de la decepción al tocar con la conciencia, pues, así como ésta no tiene para su satisfacción más entrada que la de la verdad, tampoco tiene más salida que la del camino de la verdad, cuando es el caso de tranquilizarla en sus horas de tormento.

¿ Por qué el católico-liberal, cuando se confiesa, no declara ingenuamente al confesor su liberalismo, ó el nombre que lleva? ¿ Cree el católico-liberal que ser liberal es pecado y que

también lo es llevar el nombre, ó no lo cree? Le suplicamos que nos dé una respuesta ingenua, pero no ingeniosa. Si lo cree ¿por qué no confiesa ese pecado, y por qué de él no se duele ni menos lo deja? Si no lo cree, volvemos á preguntarle: ¿duda siquiera de ello ó no tiene duda alguna. Si duda ¿cómo es que no lo pregunta? ¿cómo se atreve á confesarse así con semejante duda, pudiendo salir de ella con tanta facilidad? Y si absolutamente no duda ¿cuál es entonces el criterio seguro que le ha servido para formarse así su conciencia en cosa tan grave y para acto tan serio? ¿Será la Iglesia?; pero no solamente no lo es, sino que las enseñanzas terminantes de ella, en esa misma materia, él abiertamente las rechaza. ¿Serán los Ministros de la Iglesia? pero ellos no podrán jamás decirle sino lo mismo que la Iglesia enseña.

¡Oh, qué desgraciado es el católico-liberal! Ya lo vemos: su propio, su personal juicio, su voluntad privada, ése es su criterio hasta para la buena recepción de los Sacramentos, ésa es su *Iglesia*. Lo mismo enteramente que le ha servido para rechazar las enseñanzas de la Iglesia, eso es únicamente lo que le guía en la formación práctica de su conciencia. ¡Qué horror! La misma Iglesia que le dice al católico-liberal “esa doctrina es anticatólica,” le

dice también “ esa disposición es pésima para recibir los Santos Sacramentos ;” y el mismo católico-liberal que en el un caso no la cree, tampoco en el otro caso la respeta.

Si eso es lo que pasa en realidad, y en realidad, no hay duda, eso es lo que pasa, ¿ por qué entonces el católico-liberal tanto se empeña en recibir así lo que ningún bien le ha de traer y tantos males le ha de acarrear ? Sí, porque, entre recibir los Sacramentos sacrílegamente y no recibirlos, es preferible lo segundo.

Y en verdad, el católico sincero y el sincero liberal tienen que quedar abismados ante la conducta del católico-liberal. Porque ¿ en qué apoya él esa *insistencia* misteriosísima, qué le arrastra tan irresistiblemente á ese absurdo, qué aliciente secreto le mueve, qué objeto inconcebible es el que persigue ?

¿ Hay que ser liberal á todo trance ? Pues si ha de ser *á todo trance*, resolvámonos, siquiera por decoro lógico, porque aunque nosotros no nos resolvamos ni queramos aparecer francamente resueltos, la cosa, ella misma, queda resuelta en nosotros : [dejamos de ser católicos. ¿ Hay que ser Católico á todo trance ? Pues si ha de ser *á todo trance*, resolvámonos también, tanto por decoro lógico, que es tan inseparable de la honradez no fingida, como por decoro re-

ligioso, que jamás soporta la doblez en ningún sentido, y la hace pagar muy caro tarde ó temprano, exhibiendo al hombre de tal suerte que es despreciado de unos y de otros, no quedando ni en cielo ni en tierra sino en el aire, como los Duendes.

¡ Si todo eso es así, entonces lo mejor será dejar los Sacramentos y echarnos por el atajo !

¿ Con que ésta es, hermano mío, la respuesta final y la conclusión de todo ? ¿ Sabes tú mismo lo que has dicho ?

Como tú mismo lo debes palpar, esa clase de respuestas revelan infaliblemente dos cosas principalísimas: 1.^a, convicción de la verdad ; ella se ha impuesto á todo trance porque esa es su indefectible naturaleza. 2.^a, resolución en fuerza de esa misma convicción, pero no resolución hija de la verdad sino del despecho. Esa clase de respuestas finales llevan siempre el carácter distintivo del despecho, y dictadas como salen, por la ira, no envuelven nada de lógica ni de reflexión. Y si no, escúchame, pero con calma.

Entonces ; querrás decir, *luego*. Si todo eso es así ; esto es, *si ser liberal es ser anticatólico*. Lo mejor será ; quieres decir, *lo preferible será*. Dejar los Sacramentos y echarnos por el atajo ;

es decir, *irnos por el segundo término de la disyuntiva, dejar los Sacramentos y entregarnos á la perdición.*

No puedes negarme que tu respuesta queda fielmente interpretada al sabor de la intención tuya que te la arrancó y por eso vuelvo á preguntarte: ¿sabes tú mismo lo que has dicho? Une todo lo que va en cursiva en el párrafo anterior; como hombre de honor y de temor de Dios fíjate en ello; ésa ha sido tu respuesta y tu resolución; piénsala y reflexiónala, no por mí ni aun siquiera por Dios, ¡por tí mismo!

¡Oh, cómo ciega y endurece y arrastra la pasión liberal, hermano mío! Tú mismo estás siendo en estos mismos instantes argumento incontrastable de esta verdad: “el liberalismo infiltra en el alma un veneno tanto más activo y poderoso cuanto más desconocido y misterioso.” Tu liberalismo te sacrifica, te pierde, te obliga á dejar á tu conciencia y á Dios.

Díme si no: ¿Reflexionaste ya en la respuesta que me diste? ¿Qué te parece tu misma respuesta? ¿Por qué dejaste tan *espontáneamente* el otro término de la disyuntiva en tu respuesta y tan resueltamente te fuiste al más favorable y más contemporizador con tu liberalismo, aunque por otra parte sea el de tu perdición eterna? No me negarás que si tu respuesta hubiera sido siquiera racional, en disyuntiva

debías formularla, porque el examen de una ineludible disyuntiva ha sido el tema de esta nuestra conversación, á saber: ó católico ó liberal. Por consiguiente tu respuesta racional debió ser esta: *Si todo es así, lo lógico será: ó dejar de ser Liberal, para poder ser Católico y recibir bien los Sacramentos; ó dejar de ser Católico para poder ser Liberal y así dejar los Sacramentos, para no recibirlos mal, y, si quiero, hasta para echarme por el atajo.* Te reto á tí y á cualquiera, á que *honradamente* me diga si ésta no es la respuesta *única* racional que corresponda lógicamente, como respuesta final, á toda nuestra anterior discusión.

Pobre hermano mío, yo te compadezco y te lo vuelvo á repetir: Esta tu respuesta final me da á conocer hasta dónde ha infiltrado en tu alma su casi infalible letal veneno el error liberal. Eso me prueba que estás plenamente convencido y que sientes la tiranía, si quieres que así la llamemos, de la tremenda disyuntiva “ó católico ó liberal.” Pero eso también me prueba que tu liberalismo te pierde, porque tú optas por él, á todo trance, desoyendo á tu conciencia y abandonando á tu Dios.

No, hermano mío, acalla a tu pasión y mira con tiempo á tu conciencia; reflexiona con calma cuanto te he dicho, que bien merece tu muy seria reflexión cosa tan grave, que se

mide con tu misma eternidad y aun decide de ella, feliz ó desgraciada. Duro te es, yo lo sé, tener que romper ese monstruoso contubernio católico-liberal, en el que has pasado tal vez toda la vida, y como en medio de cierta calma, porque la amalgama te ha ahorrado mil inconvenientes y ha sido para tí fuente de no pequeñas ventajas. Pero ¿qué quieres? ¿cómo se podrá contrarestar jamás a la verdad? ella lo exige y no hay remedio.

Y que lo dicho es la verdad, tú mismo lo ves y yo apelo á tu conciencia. Y si quieres confirmaciones decisivas, yo apelo también al testimonio de todos los Sacerdotes de Cristo, al de todos los Prelados de la Iglesia de Dios y al del Vicario de Jesucristo. ¿Qué más garantías te puedo dar yo de que lo que te digo es la purísima verdad, y con qué pruebas de mayor seguridad y de leal franqueza podría presentarte á tí y al público este escrito? Examínalo honradamente como te dé la gana, sujétalo á la prueba que quieras, yo paso por todo, y no sólo sino que te suplico que lo hagas.

Díme: cuando así se procede, ¿no es la honrada convicción, no es el deseo sincero de hacer el bien, no es el limpio, muy limpio amor al prójimo y, en una palabra, no es la misma Verdad la que habla?

No podemos terminar sin salir al encuentro á la pasión liberal por donde ella acostumbra salir cuando ya otra cosa no puede.

¡ Quién hace caso de todo eso !

Hé ahí una salida en derrota, huyendo de la verdad, salida tan semejante á la del despecho que son dos hermanas gemelas; aquélla revela el despecho, ésta la contumacia compañera del despecho. Se tiene evidentemente la convicción de la verdad, pero no la resolución que imponen la convicción y la conciencia, sino la misma resolución en que nos ha mantenido esclavizados la avasalladora pasión católico-liberal. Y para quedar con algo como de razón que nos medio justifique, ya que no ante nuestra conciencia, sí ante los demás, en la insistencia misteriosa de continuar viviendo según *nuestro* modo de pensar, nos acogemos al desprecio anticipado que nos inspira ó la persona que aún no conocemos, pero que nos dice la verdad, ó el poco cultivo de la forma en que nos la dice; persona y forma que, sean lo que sean, para nosotros tienen que ser despreciables por ser *esa* la verdad de que nos tratan. Con tal conducta nos proporcionamos en estos casos una satisfacción, que aunque es agrídulce, al fin es algo, porque así queda como desvirtuada la misma verdad

Dejamos la calificación de esta conducta al juicio de las personas de criterio, que saben perfectamente que esta clase de salidas son, como si dijéramos, honrosas retiradas, que se buscan á más no poder. Si en realidad tienen algo de honrosas, eso también lo juzgarán las personas sensatas. Nosotros sí diremos al que de este modo se retira: muy bien, ¡pero esto te libraré de tu pecado y de la inquietud inevitable de tu conciencia y de todas las demás consecuencias no pequeñas que se te han de seguir necesariamente?

Hay otras salidas en estos casos, y en tratándose de Liberalismo-católico, hay muchas más que en ningún otro caso, salidas que si nada tienen de ingenioso, en cambio muestran de manera aterradora hasta dónde lleva la pasión católico-liberal.

Y al llegar á este punto no podemos ocultar la satisfacción que nos cabe y á la que no se nos negará el derecho, porque ella es fruto de la verdad y de la sinceridad con que la hemos expuesto. Consiste esa satisfacción en la convicción íntima que tenemos de que, al llegar también á este final, nadie podrá ya revocar á duda ninguno de los siguientes pun-

tos, porque ellos son consecuencias infalibles de todo lo dicho hasta aquí.

1.º ¿No queda bien claro, para quien no quiera ser ciego voluntario, que la disyuntiva “ó Católico ó Liberal,” ó católico solamente ó solamente liberal, es, como tantas veces se ha repetido, disyuntiva ineludible, sin salida alguna?

2.º ¿No queda bien claro, para quien no quiera ser ciego voluntario, que esta cuestión es cuestión de *Doctrina*, y, por consiguiente, es cuestión de *cosa* y no de nombre solamente?

Mas, como toda cuestión de cosa tiene por eso mismo que ser también de nombre, en virtud precisamente de la cosa que lleva el nombre y sin la cual el nombre no tendría razón alguna de ser y sería por eso inconcebible, como inconcebible es el signo como signo, sin la cosa por él significada; hé ahí por qué jamás podrá con verdad decirse que el nombre ande solo. El nombre lleva siempre consigo la cosa de un modo ó de otro, y va siempre participando de la eficacia misma de la cosa de una manera ó de otra. Por eso, no impunemente ó de manera inmune se lleva nn nombre cuya cosa sea de suyo efficacísima, y por eso, no impunemente se lleva el nombre de *Liberal*. Ese nombre deberá necesariamente producir los efectos de la cosa ante los demás, quiera ó no quiera la persona

que lo lleva, por más ilusiones que se forje, para acallar á la conciencia, que ve muy bien las cosas, al fin como pregonera de Dios, y por eso no se tranquiliza jamás sino con la verdad y con toda la verdad. Por eso mismo el nombre de liberal en la persona tiene que producir los efectos de formación, aumento y progreso del Liberalismo, los de nombre, fama, popularidad, etc, como antes dijimos, según las condiciones de la persona que lleva el nombre de liberal, y también tendrá que producir los efectos del ejemplo que en eso se dé á los demás, el cual ejemplo, si es malo, será un escándalo. No hay remedio, la verdad no tiene vueltas, hay que ser porque hay que ser, si se ha de ser *así*.

3.º Si la cuestión es, pues, de cosa más que de nombre, y si es también de nombre porque lo es de cosa, ¿no será entonces cuestión de una naturaleza idéntica á la naturaleza de la cosa de que es cuestión?

Luego la cuestión será cuestión *Religiosa*, porque lo que se trata de saber es: si la Iglesia, que es cosa *religiosa*, tiene autoridad *religiosa*, respecto al Estado, como hechura racional también de Dios, es decir, bajo el punto de vista *religioso*; y de consiguiente, las consecuencias que de allí se deriven según ese punto de vista, cosa *religiosa* tendrán que ser también.

Luego, como la cuestión religiosa, en general, y esta cuestión religiosa en particular, son cosa de importancia suma para el hombre, porque, diga lo que diga la incredulidad, que al fin lógicamente no puede decir otra cosa, la verdad es que la cuestión religiosa es la primera cuestión para el hombre, porque ella es la que lo levanta hasta Dios y decide de su eterna felicidad; y por eso, la cuestión religiosa es la que honra más al hombre y lo ennoblece y, por la ley de los contrarios, esa misma cuestión, cuando se va en sentido inverso, es la que más lo deshonra y lo envilece. En esa cuestión es en la que estriba en toda verdad la conciencia verdadera: eso muy bien lo sabemos todos y nos lo cuenta demasiado la experiencia; que si hay personas que, pareciendo religiosas, hacen á un lado la conciencia, precisamente la hacen á un lado porque no tienen en realidad la religión sino que *parecen* tenerla. Y esas personas sin duda alguna son las más peligrosas, como el más peligroso enemigo es el que sin ser amigo lo aparenta.

Y si en esa cuestión estriba la conciencia verdadera y no la postiza de puras circunstancias, sobre todo circunstancias de conveniencia, como tantas veces acontece en los hombres sin religión, como sucede también

tratándose de la honorabilidad; si en esa cuestión, decimos, está también la cuestión de la conciencia *verdadera*, convengamos en que en esa cuestión está *todo*.

Luego, si esa cuestión es la más importante, ella deberá ser la más obligatoria para todos, y más, como es claro, para los Ministros de Dios, y mucho más para los Obispos y para el Obispo de los Obispos, el Papa.

Siendo esto así, no comprendemos ni comprenderá nadie cómo haya personas que no tengan pena en ser, en la verdad de la realidad, irreligiosas, aunque por otros lados aparezcan religiosas. El Liberalismo es verdadera irreligión y de rebelión contra Dios y contra la Iglesia. Eso está visto, es innegable. Se avergonzaría un hombre honrado de que sólo se sospechara de él algo desdoroso; una mujer pudorosa moriría de pena al considerar que de ella pudiera creerse algo que la deshonre. ¡Gran Dios, y no se tiene pena en ser y aparecer irreligioso, rebelde á Dios y contumaz con la Iglesia! Y eso es verdad, y eso es verdad, verdad que no es posible no ver, que no es posible no palpar. ¿Qué es eso, volvemos aquí á preguntar, qué es eso, qué es lo que pasa? ¡Oh Liberalismo, oh Liberalismo, oh misterio

del Liberalismo ! Solamente la eternidad hará que se abran los ojos que el Liberalismo cerró ; pero y entonces, ¿yá para qué ?

La cuestión, pues, de Liberalismo es cuestión religiosa. ¿ Por qué, en ese caso, tanto empeño y tan marcado afán en dar á esta cuestión un carácter político y solamente político ? No se puede pronunciar la sola palabra de Liberalismo ó de Liberal, sin que en el mismo instante, antes de acabarla de pronunciar, ya se haya gritado : ¡ eso es política ; se meten en política ; la Religión es una cosa y otra cosa es la política ; una cosa es ser católico y otra, que nada tiene que ver con la primera, es ser liberal !

Semejante conducta manifiesta muy á las claras una de cuatro : ó no se sabe lo que es el Liberalismo, lo que es ser Liberal ; ó se le quiere dar á esa palabra una significación que no es la suya propia ; ó hay malicia singular en eso mismo, para desorientar al mundo en cuestión tan decisiva para él, confundiendo la verdad con la mentira, para hacerle creer que la agresión viene de la Iglesia al Estado, del campo religioso al campo civil, que el Estado es la víctima y la religión el victimario, que se trata en una palabra de arrebatarse al Estado

y al hombre sus derechos más preciosos; ó, en fin, á fuerza de sacudir el católico-liberal la autoridad de la Iglesia, á fuerza de sacudirla el Estado y de estar *obrando* en oposición á la Iglesia, tanto en las Constituciones como en las leyes y hasta en los más humildes decretos y á fuerza de estar dando carácter netamente liberal á todo, háse logrado confundir en una cosa sola lo religioso con lo político. A todo lo que es político se le da el bautismo liberal infaliblemente, y hé ahí que Liberalismo y Política son maliciosísimamente una misma cosa. Los liberales verdaderos é instruídos que mueven, manejan y dirigen el tren liberal, saben muy bien distinguir y distinguen, los demás caen en el garlito para los fines del Liberalismo.

Per eso oiréis infinitas veces á los liberales sin cultivo liberal, que el Cura tal no es sino un político entrometido, porque habló del Liberalismo; que el Obispo cual es otro político contra la santidad misma de su ministerio, porque dió una Pastoral ó escribió una carta en la que toca la cuestión del Liberalismo; por eso el Papa, la Iglesia misma, obran fuera de su esfera, contra la expresa voluntad de Dios, cuando tocan la cuestión liberal. Es decir, cuando la Iglesia y sus ministros tratan del punto religiosísimo, que á ellos más que

á nadie corresponde, y se baten en defensa contra agresión incalificable, entonces es precisamente cuando se meten en lo que no les toca, y faltan á su mismo deber religioso, y son los agresores y no los agredidos. En esos casos los liberales *inconscientes* suelen hablar de buena fe, los *conscientes* lo hacen con suma malicia para sus fines liberales.

Que así hable y así obre el incrédulo, el infiel, el liberal verdadero, pase, son al menos lógicos; pero que sea el católico, el que se confiesa, comulga, oye misa, cree en la Iglesia misma, y espera morir con el Sacerdote al lado y con el Viático y la Extremaunción, etc. ¡oh, entienda eso quien pueda! Pero nadie lo entenderá jamás, porque no puede entenderse lo inconcebible.

No es, por tanto, el nombre solo ni la política del nombre, llámese como se llame, ni nada, nada, lo que la Iglesia ve en el Liberalismo y en el católico-liberal; es la *Doctrina religiosa*, es el punto religioso, es la Religión del mundo, es la eternidad feliz ó desgraciada de los hombres. Dejémonos de querer jugar más con las palabras para jugar con las conciencias y con el mundo y para burlarnos hasta de nosotros mismos. La Política es la política y el Liberalismo es cuestión en sí puramente religiosa; que si tiene eco en lo político, es

porque es cuestión en la que el Estado se ha envuelto él á sí mismo. Esas cosas tienen que ser correlativas, porque la agresión reviste necesariamente las condiciones del agredido y del agresor, la rebeldía del hijo reviste también las formas del padre y las de la familia.

Y puesto que la cuestión es de cosa y de cosa religiosa, la verdad que ella encierra es muy grave y sumamente seria.

Deberá tener, por consiguiente, todos los caracteres de la seria verdad: intransigente, impávida, constante hasta el sacrificio y, si es necesario, también hasta el de la misma vida. Mas, por lo mismo que es verdad y muy seria, deberá ser al mismo tiempo mesurada, tranquila, noble, digna, prudente y, en una palabra que lo dice todo, deberá estar llena de Caridad.

Por eso alabaremos siempre el Celo, y aun lo echaremos de menos, especialmente en los encargados por Dios mismo para llevar la verdad á la convicción de los hombres, á fin de que ella produzca sus divinos efectos, que divinos son siempre, de un modo ú otro, los efectos de la verdad. Sí, alabaremos siempre el celo, porque el apasionamiento de la verdad es el más noble, el más puro y sincero, y él

es al mismo tiempo la única fuente purísima de todo apasionamiento legítimo. Lo alabaremos y aun lo echaremos de menos en los Ministros de ella, porque la razón y la experiencia enseñan que ese celo es el carácter distintivo del Sacerdote, y que es signo seguro en él, tarde ó temprano, de virtud modelo.

Pero el Celo que alabamos y echaríamos de menos, es el celo de y por la verdad: el, celo mesurado, manso, tranquilo, oportuno digno, noble y prudente; el celo en el que, aun en las mismas tempestades de una santa indignación, en medio de la claridad de los relámpagos brille más que todo la magestad de la verdad y aun la suavidad y dulzura de la caridad.

Por lo mismo, jamás justificaríamos y mucho menos alabaríamos un celo que no tuviera esos caracteres, porque la verdad siempre rechaza lo que no se le parece, lo que con ella no se conforma, y lo rechazará tanto más cuanto más se pretendiera poner á su servicio lo que ella misma reprueba como medio. Y no justicaremos jamás ese celo ni en nadie ni en nosotros, y si alguna vez nosotros así no hemos obrado ó si alguna vez no obraramos así con el celo de la verdad y tan sólo de la verdad, declaramos que hemos faltado y que faltaríamos á nuestro sagrado deber.

Si, declaramos que á todos los hombres, pero en especial al pecador, y más que todo al que se arrodilla á nuestros pies buscando á Dios y la paz de su alma, debe el Sacerdote tratarlos con amor de padre, ayudándolos, facilitándoles el camino de su feliz eternidad; pero siempre con la verdad, sólo con la verdad.

¿Qué es lo que al católico-liberal tiene en ese estado de tan inconcebible y tan desastrosa amalgama? Es que para él el Catolicismo y el Liberalismo son dos herencias preciosas que no es posible renunciar jamás. No se resuelve á cosa tan espantosa, como es abandonar á su Religión y con ella á Dios; pero tampoco se resuelve á una cosa por mil lados durísima para él, como es dejar su Liberalismo. Siente desesperación, locura, casi la muerte, al pensar únicamente en eso, sobre todo por lo de las consecuencias del respeto humano y por el temor á los resultados desfavorables á los intereses. Por eso, hé ahí el empeño de amalgamar á todo trance, y las cuarentamil sutilezas y entradas y salidas que en su tristísima pasión se forja para no deshacer esa mezcla absurda. Hé ahí la facilidad tan grande que se nota siempre en el católico-liberal para acoger todo aquello que tienda á dar ese resultado, el de

no verse en la mortal precisión de romper un lazo meramente de artificio y conveniencia personal. Hé ahí por qué hasta á la misma Iglesia la ve de reojo y á cuantos sospecha que pudieran ó quisieran obligarlo al cruento sacrificio. ¡Oh, lo volvemos á repetir aquí, es un gran desgraciado el católico-liberal! ¡Dios se apiade de él!

Pero eso que decimos se refiere á los católico-liberales conscientes, no á los católico-liberales inconscientes, sin instrucción liberal. De éstos diremos que, como no comprenden lo que es en realidad el Liberalismo, no tienen, por eso, la misma responsabilidad ante Dios y ante la Iglesia. Más: son discípulos y no maestros, son víctimas de los liberales conscientes y no victimarios. Pero, por lo mismo que no comprenden, son arrastrados de una manera feroz inconsciente á todos los excesos y calamidades de la pasión. Convencidos en su ignorancia de que el Liberalismo es legado preciosísimo que Dios mismo y la naturaleza racional han dejado al hombre, lo miran como el don divino y natural máspreciado y más sagrado; y convencidos también, por otra parte, de manera certísima, de que la Iglesia condena al Liberalismo y lo mira con horror, ellos á ella la miran como á su mayor enemigo, como al enemigo de la libertad del hombre, del repu-

blicanismo, de la democracia y de la independencia, como al enemigo del progreso y de la patria, como al enemigo mayor de la misma Humanidad: porque en las cabezas de esas pobres gentes todo eso no es más que una mezcla informe de cosas que no entienden, pero amasadas con liberalismo que sí oyen y ven, y cuyos efectos espantosísimos palpan todos los días, y á esos efectos se han acostumbrado de tal suerte que ya sólo en esa atmósfera de error y de desorden sienten que pueden vivir hasta la muerte.

¡Qué responsabilidad para los victimarios, para los que con su ejemplo lanzan así á tantos á su desgracia! Y más con ejemplo católico-liberal, diciéndoles: sabed, y vedlo en nosotros mismos, “se puede perfectamente ser y vivir como vosotros vivís, y al mismo tiempo esperar confiadamente en Dios, que no veda jamás esa conducta: ya lo veis, nosotros somos liberales con todo lo que eso significa hoy día en el mundo civilizado, y al mismo tiempo nos confesamos y comulgamos y hacemos lo que hacer pudiera el católico más fervoroso; pero, en tratándose de defender los [fueros santos de nuestro liberalismo, lo sabéis, lo habéis visto cien veces, lo sacrificamos todo, todo.” ¡Y esto dicho con la elocuencia avasalladora del ejemplo á tanto

ignorante, dispuesto siempre á todo, y por personas que les merecen toda fe! ¡Oh, Dios santo, qué responsabilidad! ¿Cómo hará el católico-liberal consciente para hundirse tranquilo en la Eternidad, cómo hará, como hará para presentársele á Dios?

Francamente, ni nosotros ni nadie ni el mismo católico-liberal, podrán encontrar otro camino de rehabilitación antes de la espantosa cuenta, más que el camino del buen ejemplo; así lo pide la justicia y así la necesidad. Es necesario ir al camino, por lo que hace á nosotros mismos, si no queremos perdernos, y es necesario ir al camino, dando así hermoso y eficaz ejemplo, en cambio del muy malo y eficaz que antes dimos. No se ve otro medio para nuestra rehabilitación ante Dios ni es posible encontrarlo. Hilemos cuan delgado queramos; si no es el medio del buen ejemplo, grande va á ser nuestra sorpresa al tiempo del fatal desenlace.

Muy duro se nos hace darnos por vencidos y así aparecer ante los demás, y eso suele ser para no pocos la causa verdadera de la insistencia misteriosísima. Ellos bien lo saben que así es, pero manifiestan ordinariamente desprecio por lo que se dice, como por cosa necia ó dicha por necios ignorantes. Como si conocer el hombre su error y más en lo que

debe serle tan caro, por ser para él decisivo, y como si volver atrás en el camino desviado, fuera una mengua y no más bien muy propio del hombre racional y honrado, para quien no es mengua serlo, sino mucho honor y gloria. ¡Falta el valor! hé ahí todo.

¿Qué queda, pues, al católico-liberal en conclusión de todo? La tremenda disyuntiva, no más, "ó católico ó liberal," no queda más, no queda más, se quiera ó no se quiera, se busquen arreglos y salidas ó no se busquen.

¿Se quiere vivir católicamente en el seno de la Iglesia y en el seno de la Iglesia católicamente morir? la disyuntiva señala el rumbo infalible, inevitable:

"O Católico ó Liberal."

Lo hemos dicho cien veces, y, ya para concluir, lo repetimos de nuevo: ¡qué misterioso error ése del Liberalismo! El afecta las formas de todas las pasiones y también reviste las formas de todas las virtudes. Invoca la caridad, exige la prudencia, apela á la santidad y se acoge á la misma doctrina y conducta del Manso Cordero, Jesucristo, que precisamente es quien manda obedecer á la Iglesia con toda sumisión, y quien ha usado de las expresiones

más severas y más amargas contra los hipócritas, rebeldes, por una parte, á la ley y á la voluntad divina, y aparentadores por otra parte, de la virtud y del respeto y sumisión á la ley. Pero al volver de los tiempos y en cambiando las circunstancias, varía también el Liberalismo de conducta y llega hasta los extremos en las vías de hecho, haciendo siempre responsable, aun de esa misma conducta suya, á su propia víctima.

Los errores y las pasiones suelen ponerse ojos, siquiera cuando ya se trata del hogar propio. El error liberal, al contrario, anda más ciego en el hogar. ¿Quién no ve el estudio y el empeño que ponen con frecuencia el padre y la madre liberal para depositar desde la tierna edad en los pedazos del alma esa semilla terrible, porque suele decidir de su misma eternidad?

¡Los padres de familia! eso se explica. Pero ¡las madres, las mismas madres! Hé ahí el otro insondable misterio del Liberalismo. Se explica que el hombre llegue á ciertos extremos irreligiosos; pero que la mujer, que es naturalmente religiosa, que la mujer católica, la madre católica llegue á ese extremo, solamente en los misteriosos secretos del Liberalismo puede estar la explicación de un fenómeno tan aterrador, ó en la ignorancia ó falta

de conocimiento de lo que es en toda verdad el Liberalismo. Nosotros no abrigamos duda alguna, estamos plenamente convencidos de que esto segundo es la verdadera y única causa de la conducta de no pocos padres y madres de familia, porque sería imposible de toda imposibilidad compaginar esa conducta con el bellísimo fondo de sus almas.

Ante el error liberal se estrella hasta el mismo amor tierno y compasivo de la Santa Madre Iglesia; porque precisamente acostumbrado á ver el católico-liberal tanta y tan invencible solicitud de la Iglesia para evitarle á él su perdición eterna, y no entendiéndolo él mismo así, acaba como por persuadirse de que tanto interés sólo puede obedecer á miras de interés personal en el que la víctima es él y la Iglesia es la del provecho.

Ante el error liberal se ve que llega casi á desaparecer lo que nunca en otros casos desaparece del todo: la sanción social. Habitados á mirar con desprecio y con contumacia las claras enseñanzas de la Iglesia á ese respecto de liberalismo, habituada á conceder la sociedad católica al error liberal carta blanca ó de ciudadanía, éste ha logrado tornarse hasta en sagrado derecho, y para el católico-liberal más sagrado que sus verdaderos derechos católicos; porque en los solemnes momentos de

conflicto entre el uno y los otros, prácticamente se ve al católico-liberal vacilar y casi, casi.; si es que al fin el Catolicismo no se sacrifica, hasta con ruido, al Liberalismo. Pasa con el error liberal exactamente lo mismo que acontece con todo aquello que á fuerza de impunidad llega hasta enseñorearse de la misma sociedad y se sobrepone por último á toda sanción social. Porque, según todo lo visto hasta aquí, y apelando yá al mismo testimonio de nuestros imparciales lectores ¿qué otra cosa es el Liberalismo más que un error perniciosísimo y una muy grave rebelión contra la Iglesia? ¿Y eso no es un mal ejemplo, no es un escándalo? Perdidos están los pueblos cuando el escándalo no llama yá la atención.

El error liberal precisamente en su insidioso amalgamamiento con el Catolicismo es en lo que ha logrado su impunidad y su carta de naturaleza en medio de la misma sociedad católica; pero es preciso deslindar y deslindemos de una vez. Si nos es molesta la Iglesia, si ya nos choca estarla oyendo, si casi hasta el nombre ya nos repugna, no pertenezcamos á ella, que no nos pondrá por eso cadenas ni nos ha de encerrar en los panópticos, muy libres podremos andar por todo el mundo. Pero ya que no hemos de pertenecer, no pertenezcamos en horabuena, mas sea con decencia;

seamos siempre francos y sinceros. Y si hemos de pertenecer, si así lo queremos y en eso *nos empeñamos nosotros mismos*, hagámoslo también con decencia, pertenezcamos *como se debe pertenecer* y huyamos del escándalo.

— — —
 ¡Qué misterio el del Liberalismo! Cuanto hemos dicho nosotros es la verdad, y retamos á quienquiera á que *honradamente* demuestre que no es verdad lo que hemos dicho. Con todo, hé ahí otra vez el misterio del Liberalismo: no faltará quien, *ipso facto*, nos inscriba en su catálogo de los curas ignorantes, sin civilización, retrógrados, enemigos de la paz, exagerados é intolerantes, por el solo hecho de haber cometido el pecado imperdonable de incurrir en la insigne locura de tocar la conciencia católico-liberal, aunque haya sido con toda la verdad y con toda la gran necesidad que hay de recordarla. En ese mismo catálogo de Curas, en el que yá están inscritos los Papas y aun la misma Iglesia más que todo, y tantos y tantos más Prelados y Sacerdotes, figurará sin duda inscrito *in capite* el insigne Metropolitano de Colombia, á cuya autoridad nosotros sujetamos ciegamente todo cuanto hemos dicho y á cuyas

enseñanzas nos adherimos como sus humildes súbditos é hijos en Jesucristo y en la Iglesia.

Terminemos. El amor natural é invencible que todo hombre tiene á la verdad, cualquiera que ella sea, dondequiera que esté, sea quienquiera el que la diga, eso nos da plena seguridad de que *ningún* hombre de lógica honrada mirará con indiferencia este nuestro trabajo, emprendido únicamente por la gloria de Dios y por el bien eterno del mismo católico-liberal, siquiera sea por ese mismo amor á la verdad y por la gravedad é importancia del asunto.

Más de un católico-liberal honrará este escrito con algún gesto ó con algún desprecio, ó con la conspiración del silencio, pero silencio ceñudo y despectivo, ó, finalmente, con alguna mala recomendación, clara ó velada, al hablar de él.

Pero esa misma conducta será justamente el sello último de confirmación de la verdad de cuanto encierra este escrito. Porque no hay remedio: ó la Iglesia ha de ser nuestra regla única en punto á fe y religión, ó veamos lo que hacemos para no ser el ludibrio hasta de nosotros mismos. Nos encaramos á la Iglesia, que eso justamente es el Liberalismo, y así

encarados, ¿somos, con todo, católicos, hijos sumisos de la Iglesia católica? ¿qué sarcasmo!

A la sombra del Catolicismo busca arteramente su inmunidad el Liberalismo en medio del pueblo católico, y á la sombra protectora del Liberalismo entran francamente todos los errores con su cortejo devastando á la católica sociedad. De esta suerte, á la sombra misma de la Cruz, que es la vida, lanzan sus dardos de muerte todos los enemigos de la Cruz. Pero Dios vela por su Iglesia y, si ella mucho padece, también triunfará.

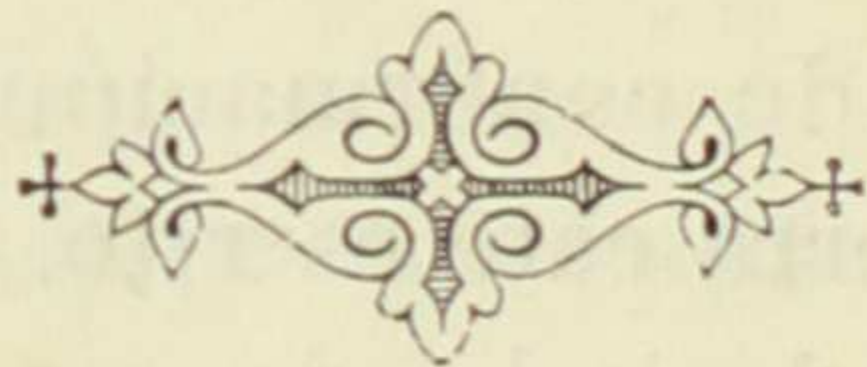
Bogotá, Diciembre de 1898.

Un Sacerdote.

Imprimatur.

✠ BERNARDUS ARCHIEPISCOPUS.

L. S.



CARTA

DEL

Ilustrísimo Señor Arzobispo

DE BOGOTÁ

Al Señor Doctor

D. Rafael Uribe Uribe



CARTA

Ilustrísimo Señor Arzobispo

DE BOGOTÁ

Al Señor

D. Rafael Uribe Uribe

Señor Doctor D. Rafael Uribe Uribe.

Muy señor mío:

Juzgo que es de mi deber dar á usted contestación á la carta que se sirvió dirigirme, y que corre impresa en el número 38 de *El Autonomista*. Me mueve á ello en primer lugar, la forma muy comedida que ha dado usted á su escrito; y luégo, la necesidad que considero urgente de aprovechar la ocasión para exponer una vez por todas, y sin que piense entrar en controversias periodísticas, las enseñanzas de la Iglesia Católica acerca del Liberalismo.

No es mi intento contribuir en lo mínimo á que se enardezcan los ánimos, desgraciadamente yá tan excitados por la pasión política en los momentos presentes. No quiero tampoco que mis palabras puedan interpretarse como desahogo por amarguras y dolores ocasionados á la Iglesia por personajes ó por partidos políticos en épocas pasadas. En mi conducta pública y privada he procurado siempre que nadie vea en mis actos y en mis palabras cosa alguna contraria á la caridad cristiana, y que denote prevención contra las personas, por más adversas

que éstas sean á la causa que yo represento. Mucho menos querría yo que esto aconteciese, ahora cuando tomo la pluma para enseñar en nombre de la Iglesia, con la esperanza de que mis palabras, secundadas por la gracia de Dios, contribuyan al bien, ilustren á las inteligencias, que buscan sinceramente la verdad, y muevan las voluntades que no saben dirigirse porque carecen de reglas ciertas en medio del caos de ideas y de sistemas que nacen hoy para morir mañana y dar campo á los que vendrán en lo sucesivo.

*
* *

La carta de usted se reduce á hacer un cuadro de la situación del partido político á que pertenece, poniéndolo en parangón con la Iglesia Católica, encabezada en Italia y en el mundo entero por Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, quien ha tenido que hablar á los hijos de Italia y á las demás naciones para enseñarles el estado de las cosas.

Usted reproduce las palabras del Romano Pontífice con el objeto de mostrar la paridad que existe entre la Iglesia en Italia y el partido liberal en Colombia, para llegar por último á exigirme que “para que la unidad y la lógica en la conducta de la Iglesia resplandezcan como un sol; para que nadie tenga ni sombra

de pretexto para imaginar que si en Italia demanda unos derechos es como oprimida, mientras que en Colombia tolera la negación de esos mismos derechos, poniéndose del lado de los opresores, censurando allá lo que aquí admite; para que la Iglesia, que ha hablado siempre al Tiempo en nombre de la Eternidad, como depositaria de la verdad inmutable no aparezca favoreciendo ni aun con su silencio en una parte procedimientos que reprueba en otra; para que no autorice jamás á nadie para pensar que pierde el sentimiento de sí misma, compromete su autoridad y oscurece su doctrina, amparando ó tolerando la injusticia, y mostrando protección por bandos políticos de vida transitoria y mucho menos que inmaculada:" interpanga yo el poder de mi autoridad para que en mi propia patria "cese la opresión preñada de peligros é impere la libertad repleta de esperanzas."

No puedo menos de llamar á usted la atención, aunque de paso y sin insistir en ello, ácerca de lo excesivo que es establecer paralelo entre "un partido político de vida transitoria y mucho menos que inmaculado," con la Iglesia Católica, la cual, como escribía Proudhon "es la que cree en Dios mejor que ninguna otra secta, es la más pura, la más completa, la más espléndida manifestación de la esencia

divina, y la única que es capaz de adorarla.”
(*De la Justice*, tomo I. página 17).

Pero hay más, las palabras de usted que dejo copiadas son un poderoso argumento que puede muy bien retorcerse. En efecto: usted alza el grito para pedir justicia en favor de su partido en Colombia y para quejarse acerbamente de los males que lo aquejan y las cadenas que le oprimen; y apela para ello á las palabras del Pontífice Romano que sufre y se queja por la guerra y las persecuciones que padece, por consecuencia de los hechos cumplidos con detrimento de la Iglesia y de la Religión por aquéllos que dirigen en Italia los negocios públicos. Y yo pregunto ahora á usted ¿quiénes son éstos sino los jefes del liberalismo en Italia; los mismos que encabezados por Cavour y tantos otros partidarios de los principios políticos del partido á que usted está afiliado, fundaron el Reino de Italia sobre las ruinas del poder diez veces secular del Sumo Pontífice, verdadero padre de todos los creyentes y el último refugio, como decía Lacordaire, de todos los que yerran contra la dureza exagerada de los que no yerran? Y los hombres que tal hicieron, y que continúan ahora en la tarea de perseguir á la Iglesia en Italia, están afiliados al liberalismo, y han contado siempre con el apoyo entusiasta y con

las alabanzas de los liberales del mundo, inclusive los de Colombia. Por tanto, si usted quiere que haya lógica y unidad en su conducta y que no recaiga sobre usted y su partido la acusación de que tiene dos balanzas y dos medidas, según que esté ó nó bajo el peso de la desventura; forzoso es que reconozca la culpa del liberalismo italiano; y no muestre su protección y sus simpatías hacia un partido que, guiado por los mismos principios que usted profesa, ha cometido tantos errores y maldades tantas contra el Papa, contra la libertad de conciencia, contra los derechos individuales y colectivos. Podrá usted alegarme una respuesta á mi argumento que ha anatematizado con palabras elocuentes los desafueros del Gobierno italiano. Con todo, séame permitido hacerle observar que lo que hoy acontece en Italia, y lo que hoy prima en su Gobierno, la desmoralización, la tiranía, el dolo y el engaño, efectos son de los principios liberales que allí han servido de regla constante y reconocida de los públicos negocios.

Tampoco puedo dejar de observar, como un argumento en contra de los principios que usted sostiene, el cambio que según se ve se ha efectuado en ciertas ideas desde que en nuestro país el liberalismo dejó de gobernar. Es un hecho histórico que ese partido sostuvo en teoría

y realizó en la práctica el principio de que el Clero católico no debe tener influencia alguna en los negocios temporales. Por eso se defiende como canon la secularización de todo lo que atañe al gobierno, lo que se relaciona con la sociedad civil, matrimonio, derechos de la familia, educación, derechos de legislar; todo, hasta la sepultura, lo rija el gobierno con exclusión de la Iglesia y sus ministros. El poder civil bajo el régimen del liberalismo, dijo, aunque en sentido diferente, lo que el gran Tertuliano decía á los gentiles de su tiempo: "Nosotros llenamos hoy el imperio, las ciudades, los reales, el palacio, el senado, el consistorio. Solamente dejamos vacíos los templos para vosotros." En consecuencia, vinieron las leyes, y en Colombia se sancionó por la Constitución de Rionegro el despojo de la Iglesia, la privación de los derechos civiles del Clero; y los legisladores dominados por la preocupación de arrancar aun los últimos restos de influencia al sacerdocio, llegaron hasta el punto de permitir que entre vítores y aplausos, en plena Convención de Rionegro, un apóstol del liberalismo, notable en el foro, en la tribuna y en la prensa, pronunciara, dominado por loco frenesí, estas palabras que después de treinta y cinco años resuenan todavía dolorosamente en mis oídos: "Votad, señores,

una ley que mande fusilar á los Obispos de Colombia y habréis salvado la República!" ! Los tiempos han cambiado! Mi corazón de sacerdote y de patriota se consuela al leer ahora estas palabras de usted, harto diferentes de las de aquellos tiempos. "Bien sabe Su Señoría Ilustrísima cuan crítica y angustiosa es la hora..... Hay una honda angustia en todos los corazones, y un viento de zozobra agita todos las almas; quizá una palabra del Jefe de la Iglesia en Colombia tenga poder para calmar los ánimos y abrir el camino á la concordia."

Esas palabras, sin embargo, no son del todo satisfactorias; porque, si demuestran un reconocimiento del influjo benéfico de la Iglesia, ellas no alcanzan á destruir el efecto de otras palabras que al mismo tiempo vienen á comprobar que los partidos no aprenden ni se retractan. No hace pocos días podía leerse en varios diarios de esta ciudad la apología de de los hechos cumplidos por el liberalismo en detrimento de la Iglesia y de sus ministros. Se ensalza como gran medida la desamortización, que sobre ser violación flagrante del derecho de propiedad, mucho más que los monopolios decretados por el Gobierno, fue inútil, como lo demuestra la experiencia. Ni han podido pasar inadvertidos los conceptos, ya

repetidos, del periódico que se dice órgano de los Jefes del Partido Liberal; con los cuales y para fines que son claros, se trae á cuento el conservatismo *clerical*, empleando este vocablo en el sentido que Gambetta y sus discípulos le atribuyeran cuando, en nombre y por autoridad de la República liberal, emprendieron campaña aún no terminada contra el elemento religioso en Francia! En vista de estos hechos y otros que ocurren todavía y son del dominio público, usted juzgará con su honrado criterio cómo no es hacedero que “los labios que properen una plegaria católica bien pueden pronunciar votos por el triunfo del Partido Liberal.”

Empero, la Iglesia Católica nunca ha dejado de condenar la violación de los derechos de los individuos en la sociedad civil. Basta para demostrarlo traer á la memoria las siguientes palabras del Pontífice reinante León XIII: “Para que la justicia impere siempre en el ejercicio del poder importa ante todo que los Jefes del Estado comprendan bien que la potestad pública no les está confiada para su propio provecho, sino para el bien de los que les están á su cuidado. Tomen los príncipes por modelo á Dios, de quien dimana su autoridad; y siguiendo su ejemplo en el régimen de la República, gobiernen con justicia é inte-

gridad y sepan conciliar la severidad indispensable con el afecto de padre. Por lo cual, las Sagradas letras los advierten que habrán de dar cuenta al Rey de los Reyes y al Señor de los Señores.....En un Estado que se apoye en estos principios tutelares, no hay ya motivo que justifique las revueltas ni pasión que las provoque; todo está seguro: el honor y la vida de los superiores, la paz y prosperidad de la nación. La dignidad de los ciudadanos deduce de aquí su más segura garantía; pues en la práctica misma de la obediencia pueden atender á lo que es más conforme con la dignidad humana. Ellos comprenden que ante Dios no hay diferencia entre el esclavo y el hombre libre; que todos tienen un mismo Señor, rico para todos los que lo invocan, y que si los súbditos están obligados á obedecerle y á someterse á los príncipes, es porque ellos representan en cierto modo á Dios. La Iglesia ha trabajado siempre porque esta forma cristiana de poder civil penetre, no sólo en los ánimos, sino se imprima en la vida y en las costumbres públicas de los pueblos." (Encíclica *Diuturnum*, 29 de Junio de 1881).

Estas doctrinas que ahora recordamos explican por qué razón la Iglesia puede adaptarse á las circunstancias en cada país y en cada forma de gobierno, como usted lo hace observar.

A todos los mandatarios habla el lenguaje de la verdad y dicta reglas invariables de justicia y equidad. Y eso que ella ha hecho y hace constantemente por boca de su primer Pastor el Romano Pontífice, he procurado yo hacerlo hasta ahora.

En todas las ocasiones que se me han ofrecido me he esforzado en sostener los fueros de la justicia, el respeto á la ley y á los derechos de todos. Acaso habrá usted leído las siguientes palabras que me complazco en repetir. “Nos gloriamos en declarar con el Sumo Pontífice que el amor natural de la Patria en que nacimos, y el amor natural de la Iglesia que servimos, proviene de un mismo principio; puesto que Dios es autor y causa de uno y de otro y no puede haber oposición entre uno y otro deber. Por eso amamos la Patria y el poder que la gobierna; y si en nuestro corazón predomina el amor de la Patria del Cielo, queremos y y pedimos para la terrenal que Dios la engrandezca, le dé prosperidad al amparo de instituuciones cristianas; y trabajaremos de continuo en el ejercicio de nuestro ministerio, porque reine la paz y la concordia entre nuestros ciudadanos; porque sean obedecidas las leyes, y porque sean respetados los derechos legítimos de todos.” (Discurso al Excelentísimo Señor Vicepresidente de la República, el

7 de Agosto de 1892). En estos conceptos que encierran el programa de un Prelado católico, resuelto á cumplir su deber sin mezclarse en los asuntos meramente políticos, parece que están comprendidas las aspiraciones de usted á que el Jefe de la Iglesia en Colombia trabaje por los intereses bien entendidos de la Patria en los momentos que atravesamos. Dentro de tales límites puede contar con que trabajaré sin descanso.

Afirma usted, con sobrada razón, que "si hay en el mundo una institución que tenga poder de adaptación, es la Iglesia que, dejando intacto el depósito de sus dogmas, sabe acomodarse con singular ductilidad á las circunstancias de tiempos y de medio." Esa singular prerrogativa que usted le reconoce al catolicismo es prueba evidente de que la Iglesia está en posesión de la verdad divinamente enseñada; puesto que es inmutable en sus dogmas y en su moral, á la vez que sabe adaptarse á las exigencias de los tiempos. ¿Qué institución humana ha resistido incontrastable á los embates de los hombres y á la prueba del tiempo, sin que lo accesorio no haya influído en lo fundamental, y sin que los cambios no hayan llegado á la esencia misma de la institución? Por lo mismo "para que la unidad y la lógica resplandezcan en la conducta de usted," los

sentimientos que abriga mi corazón me impulsan á consignar aquí una esperanza: que llegue el día en que usted, guiado por la rectitud de su inteligencia y la bondad de su corazón; atraído por las bellezas de esa Iglesia que usted no podrá menos de admirar; y saliendo de la duda á que queda fatalmente reducido quien sólo cuenta con criterios humanos, engañosos por lo mismo y limitados de suyo, caiga por fin de rodillas y diga, “creo.” ¡Que llegue ese día dichoso para usted y para muchos otros!

*

* *

“Pero, continúa usted, si hay un hecho adquirido es que los partidos conservadores se van, y que las ideas liberales cobran cada día empuje incontrastable. Dentro de poco no quedarán sino dos grandes fuerzas: la Iglesia y el liberalismo. ¿Por qué considerarse como rivales? ¿Por qué no sentar las bases de una armonía que será el asombro del porvenir por su inmenso poder civilizador?”

Las palabras que dejo copiadas envuelven un gravísimo problema que reclama un estudio detenido y que conduce á muy trascendentales consecuencias. Paso, pues, á exponer á usted suscintamente la doctrina de la Iglesia relativamente al liberalismo, apoyándome casi

exclusivamente en la Encíclica *Libertas* del actual Pontífice León XIII, cuya lectura me permito encarecer muy especialmente á usted.

Desde luego conviene observar que, dando por sentado, según usted lo afirma, que el mundo quedará dividido entre la Iglesia Católica y el liberalismo, es claro que en este segundo campo hay que ir á buscar desde ahora á los adversarios ó enemigos del catolicismo, ya sea en cuanto á las doctrinas, ya sea en cuanto á las prácticas, ya sea en cuanto á la intervención de la Iglesia Católica en los asuntos temporales de los pueblos. Siendo esto así, bien puede colegirse cuál puede ser la conducta de la última en sus relaciones con el liberalismo. La Iglesia está en posesión de la verdad. Su misión es de enseñarla á los hombres, induciéndolos también á arreglar con ella la vida y las costumbres. Por eso "donde quiera que la Iglesia sienta la planta, al punto cambian de faz las sociedades, á quienes inculca virtudes y costumbres públicas antes desconocidas, y una nueva cultura y civilización que á cuantos pueblos se someten á su influjo, los hace señalarse entre los demás por su mansedumbre, su espíritu de justicia y por la gloria y lustre de sus empresas." (Encíclica *Immortale Dei*). Pero "hace tiempo que es moda enrostrarle á la Iglesia que es contraria á

los intereses de la sociedad civil, é incapaz de producir esos adelantos y bienestar á que tiene derecho, por el orden natural de las cosas, toda sociedad bien constituída." (Ibid).

Con las palabras que dejo copiadas parece que León XIII caracterizó muy bien la razón del antagonismo entre la Iglesia y sus opositores; y añade para definir mejor la situación: "En nuestros tiempos ha comenzado á tomar cuerpo esta idea, con el nombre de *derecho nuevo*, el cual adquiere crédito y valimiento, con la pretensión de que es fruto de una civilización yá madura, y fruto del adelantamiento de las libertades públicas: cuando lo que resulta en claro de tantos ensayos, es que ningún sistema mejor se ha encontrado para constituir y equilibrar el estado, que el que espontáneamente creció y medra frondoso al pie de las doctrinas evangélicas." (Encíclica *Immortale Dei*).

A la luz de estas doctrinas, fácil es comprender el sentido que ha de atribuirse á la aseveración de que no habrán de quedar sino dos grandes fuerzas: la Iglesia y el liberalismo. Para resolver ahora si es ó no compatible la libertad con la religión y si puede ó no existir á un tiempo el amor á la una y á la otra en el corazón de un mismo individuo y el alma de un mismo pueblo, forzoso es que se precisen

los términos y se tenga noción adecuada de lo que es la libertad. Oigamos al Sumo Pontífice:

“Es la libertad aventajado bien de la naturaleza y herencia exclusiva de los seres dotados de inteligencia y de razón, que dignifica el hombre poniéndola *en manos de su propio consejo*, y haciéndole dueño de sus acciones.” El uso que haga el hombre de esta dignidad es de suma importancia, pues según él sea nacerán de la libertad los mayores males. “Está ciertamente en manos del hombre obedecer á la razón, practicar el bien moral, avanzar derechamente á su fin supremo; pero puede también inclinarse á cualquier otro objeto, y siguiendo las sombras de falaces bienes, trastornar el orden legítimo y precipitarse en voluntaria ruina.” La libertad de hacer el bien es necesariamente aliada de la religión, y la conservación ha sido y será siempre la causa de heroicas acciones y de los más esforzados sacrificios.” Por desgracia son muchos los que se forman concepto erróneo y torcido de la libertad, porque adulteran su idea, ó la ensanchan en demasía, extendiéndola á muchas cosas en las cuales la razón dicta que el hombre no puede ser libre.” La libertad mal entendida, como se ve, puede existir y existe en efecto, y no son pocos los crímenes que se cometen en su nombre.

Innecesario parece el que me detenga yo á tratar de los malos efectos que produce en el individuo el abuso de la libertad, por el cual el hombre se hace esclavo del pecado, se aleja de Dios, se corrompe y se degrada hasta quedar reducido á muy triste condición. Es evidente que el pecado y el mal no pueden en manera alguna conciliarse con la religión.

Lo que se refiere á la libertad del individuo se aplica fácilmente á los hombres unidos en sociedad civil. El sumo Pontífice nos da la razón, cuando enseña que así como la ley que procede de Dios regula el ejercicio del libre albedrío; asimismo la ley humana promulgada para el bien común, arregla y dirige el uso de la libertad entre los asociados. Las leyes humanas, porque se fundan en la autoridad suprema de Dios, y porque versan sobre lo que por su naturaleza es bueno ó malo y prohíben esto para mandar aquello, tienen un valor mucho más alto y augusto que procede de la ley natural y de la ley eterna. Por esa razón al legislador civil toca "apenas obtener la obediencia de los ciudadanos por medio de un régimen común, reprimiendo á los perversos y á los viciosos para que, apartados del mal, busquen el bien, ó á lo menos dejen de ofender y hacer daño á la sociedad."

En la vida en sociedad parece que hay deberes que provienen de lo alto, aunque siempre por medio del legislador humano. Esos no pueden dejar de cumplirse. Pero, agrega León XIII: "Otros mandatos de la potestad civil determinan cosas en que las prescripciones de la naturaleza son enérgicas y universales. Así la naturaleza ordena que los ciudadanos cooperen á la tranquilidad y prosperidad públicas; pero hasta qué punto, de qué modo, en qué materias, no lo determina la naturaleza sino la sabiduría de los hombres." En virtud de este principio queda, como se ve, amplio campo al ejercicio de la actividad humana, la cual puede ejercitarse en acomodar libre, pero eso sí justamente, sus decretos y sus actos á las circunstancias de los tiempos, á la índole y hasta las simpatías y deseos de quienes deban obedecer á las leyes.

Dada la existencia de leyes que determinan cómo debe conducirse el hombre en la sociedad, claro es que ellas no han de ser incompatibles con la libertad, y es preciso tan sólo formar cabal concepto de la libertad que tal nombre merece. Si la paz es la tranquilidad en el orden, y todo esto ha de reinar en las sociedades civiles; se sigue que el desorden no puede ser lo mismo que la libertad, la cual "no consiste en hacer cada uno lo que le plazca, de lo que se

seguiría la mayor confusión y turbulencias, que vendrían á oprimir la sociedad. Así, pues los esfuerzos de todos á otra cosa no pueden ser encaminados, que al respeto de las leyes que defienden los derechos de cada uno y establecen la verdadera igualdad. Esta y la verdadera fraternidad antes que nadie las asentó Jesucristo; de este modo por obra de Dios y de la Iglesia, vinieron á quedar perfectamente establecidos los fundamentos de bienestar, de progreso, de concordia en el seno de las sociedades humanas."

Pero, como lo observa el sumo Pontífice: llegó por desgracia el momento de desconocer de un modo nuevo las armónicas disposiciones de la Providencia; y esto ha sido en el siglo presente, cuando, "los que disertan sobre la libertad, no entendiéndola legítimamente, se han atrevido á vejar á la Iglesia con el injustísimo cargo de ser enemiga de la libertad de los individuos ó de los Estados. Los que tal pretenden son precisamente aquéllos que, llevados por exagerado orgullo, buscan bajo el nombre de libertad una mera y absurda licencia. "Tales son, añade León XIII, los hombres de aquella escuela tan difundida que tomando de la libertad su nombre, quieren llamarse *liberales*."

De dos maneras puede considerarse la doctrina liberal: en abstracto ó en el campo filosó-

fico, y en concreto, ó sea en lo que se relaciona con el orden moral y civil, en que se llevan á las costumbres y á la práctica de la vida los principios que se sientan en la filosofía.

El liberalismo es en filosofía, según lo enseña León XIII, una misma cosa con el *naturalismo ó racionalismo*. Este tiene por principio fundamental la soberanía de la razón humana, “la cual, rehusando la debida obediencia á la razón divina y eterna, se declara independiente y se constituye así sola, por primer principio, fuente y supremo juez de la verdad. Fácilmente puede comprenderse este principio á qué funestas consecuencias conduce sin remedio. Si la razón es soberana, y ella es el juez del bien y del mal, si todo ha de medirse, pesarse y decidirse en los recursos de la inteligencia humana; forzoso es que Dios sea desechado del mundo por odioso y por inútil; que el hombre se cree para sí mismo el código de su moral la cual ya no se apoyará en los fundamentos del bien y de la verdad eternos, sino que obedecerá á los caprichos pasajeros y versátiles del hombre, á sus pasiones, á sus inclinaciones y á los demás criterios forjados por la utilidad ó el interés. “De aquí procede, añade el Sumo Pontífice, esa moral que llaman *independiente* y que con apariencia de libertad, aparta [á la voluntad de la observancia de los

divinos Mandamientos y lleva al hombre á ilimitada licencia.”

La teoría que acabo de exponer conduce á consecuencias muy fáciles de comprender. Si el hombre es dueño absoluto de sí mismo y de gobernarse por sí mismo, no hay para que contar con Dios; y por tanto hay que ir hasta no reconocer *ni Dios ni amo*. De aquí la secularización absoluta de todo lo temporal; y lo que es no menos trascendental, la teoría de las libertades absolutas é ilimitadas, consignadas como derechos inviolables, por ejemplo, en la Constitución de Rionegro.

A todos los que tales cosas sostienen se refería el Concilio Vaticano diciendo: “Ha sucedido que, habiéndose extendido esta impiedad por todas partes, aun muchos hijos de la Iglesia Católica se han separado del camino, y se ha entibiado en ellos el sentimiento católico por el paulatino abandono de las verdades. Extraviados por varias y extrañas doctrinas, confundiendo malamente la naturaleza y la gracia, la ciencia humana y la fe divina, procuran alterar el sentido genuino de los dogmas que cree y enseña la santa Madre Iglesia, y corrompen y ponen en peligro la sinceridad y la integridad de la fe.” Tál sucederá desde luego que se afirme perentoriamente que la Religión verdadera admite conciliación, sea

como quiera, con el liberalismo considerado desde el punto de vista filosófico, como acabo de exponerlo. Forzoso es que cualquiera escoja entre la Religión de Jesucristo y el sistema liberal con la soberanía de la razón, con su moral independiente, con sus libertades absolutas. Y es que, en efecto, la teoría conduce á la práctica, como elocuentemente lo explica León XIII. " Si se atribuye, dice, á la sola y única razón humana el criterio de la verdad y del bien, desaparece yá la propia diferencia entre el bien y el mal ; lo honesto y lo inhonesto no se distinguen yá en la realidad, sino en la opinión y parecer de cada uno.... En los asuntos públicos el poder de mandar queda separado de su verdadero y natural principio.... Repudiado el dominio de Dios en el hombre y en la sociedad humana, es consiguiente que no tenga religión alguna y que no se haga el menor caso de cuanto á la religión pertenece. Armada con la doctrina de su soberanía, la muchedumbre se lanza fácilmente á la sedición y á los tumultos; y quitado el freno del deber y la conciencia, no queda otra cosa que la fuerza, la cual por sí sola es demasiado débil para contener las pasiones populares. Bien lo prueba la casi cotidiana lucha contra los socialistas y otras turbas de sediciosos." Estos, hay que notarlo, son más lógicos en sus deducciones

prácticas que los filósofos teóricos que sientan los principios; pero se espantan cuando ven reducidas á la práctica las consecuencias de sus premisas; en lo cual proceden con prudencia humana más correcta que su propia dialéctica. Lo que hemos presenciado aquí y en otras naciones da fuerza incontrastable á mi aserción. Véase cómo León XIII formula estas mismas ideas: "Ciertó es que estas opiniones, que por su enormidad espantosa manifiestamente se oponen á la verdad; y son, como lo hemos visto, causa de inmensos males, no tienen el asentimiento de todos los fautores del *liberalismo*. Aun obligados por la fuerza de la verdad, no vacilan muchos de ellos en confesar y afirmar espontáneamente que, si se lleva al exceso con desprecio de la verdad y de la justicia, la libertad degenera abiertamente en libertinaje; que es preciso que sea regida y gobernada por la recta razón, y que debe, en consecuencia, sujetarse al derecho natural y á la ley eterna y divina. Pero contentándose con esto, niegan que el hombre libre deba someterse á las leyes que Dios quiera imponerle por vía distinta de la razón natural."

Tocamos aquí yá el punto en que la doctrina liberal deja el campo de las teorías, para entrar á sostener que en la práctica de la vida no hay poder divino á quien se deba obedecer, sino que cada uno es ley de sí mismo.

La doctrina católica enseña y la razón comprueba ser necesario que la regla de vida se tome constantemente, no solo de la eterna sino también de todas y cada una de las que Dios, infinitamente sabio, infinitamente poderoso, nos ha dado de la manera que de su agrado ha sido, y que podemos conocer con seguridad por señales evidentes é indudables. De aquí el que deba conservarse en sagrada é inviolable unión lo que ni puede ni debe separarse, Dios, y el hombre que ha de servirlo en todas las cosas.

El liberalismo, que en gran parte, como queda dicho, no niega á Dios ni desconoce absolutamente en sus teorías el influjo divino en el gobierno de las cosas humanas; tiene, sin embargo, el afán de que el ciudadano sea en cierto modo distinto del hombre moral. Esta dualidad aparece desde que se sostiene que las leyes divinas deben regir la vida y la conducta de los particulares, pero nó la de los Estados; que en los asuntos públicos es lícito apartarse de los mandamientos de Dios, y no tenerlos en cuenta al dictar leyes. Con estos términos expresa el Sumo Pontífice el principio fundamental del *liberalismo*. Para él desaparece el principio de toda autoridad divina desde el momento que toca el linde del reino temporal. Para él cualquiera intervención hecha en nombre de Dios es violación de los derechos del hombre,

quien puede usar absolutamente de su libertad para arreglar y dirigir las cosas de la vida. ¡Ay de quien quiera hablar á la conciencia! ¡Ay de quien diga algo contra las leyes dictadas en menoscabo de la conciencia y de los derechos individuales del hombre religioso y de la Iglesia! Todo eso es atacar la soberanía nacional! Consecuencia de semejantes principios es la separación de la Iglesia y del Estado. Hé aquí un principio que ningún católico puede admitir como tesis, y que nos pone en pugna con el liberalismo. El Sumo Pontífice da de ello la razón cuando dice: "Cuán absurdas son estas opiniones, se entiende sin dificultad; pues la misma naturaleza clama que los ciudadanos deben encontrar en la sociedad medios y facilidades para vivir honestamente, esto es, conforme á las leyes de Dios, que es el principio de toda honestidad y justicia: y repugná en absoluto que pueda el Estado prescindir enteramente de esas leyes, ó decretar algo que las contradiga."

Si las leyes están bajo la autoridad de Dios, y deben respetar todos sus derechos, es deber de los gobernados atacarlas, y no menos grave es la obligación de los que gobiernan al mismo respecto. La razón es muy clara: el hombre reclama que la sociedad le dé bienes y comodidades exteriores, pero con mucha mayor razón

se le deben proporcionar los bienes del alma. Por esto, dice León XIII, los que en el gobierno de las sociedades no quieren tener en cuenta las leyes divinas, desvían la potestad civil de su propio fin, y de los dictados de la naturaleza; y lo que es más, aunque la potestad civil y la sagrada no tengan un mismo fin inmediato, ni vayan por los mismos caminos, es inevitable que en ocasiones se encuentren en el ejercicio de su autoridad, pues tienen unos mismos súbditos ni es raro que hayan de estatuir sobre unos mismos objetos aunque bajo diversos respectos. Con sobra de razón deduce el Sumo Pontífice que, "como ponerse en esos casos sería absurdo y repugnaría abiertamente á la infinita sabiduría de los decretos de Dios, preciso es que haya algún medio, alguna norma que quite las causas de disputas y contiendas y conduzca á la concordia en la práctica." Ese medio es, sin duda alguno, la unión justa y legítima entre la Iglesia y el Estado, como lo sostiene la Iglesia. Por tanto, á ésta se opone y va contra ella el liberalismo cuando señalando como artículo de un símbolo la separación de la Iglesia y del Estado, la introduce en las constituciones y las leyes.

El Sumo Pontífice completa la exposición de la doctrina católica con las siguientes palabras que conviene mediten hasta los hijos fieles

de la Iglesia. “Muchos no aprueban la separación de la Iglesia y el Estado; pero creen en la práctica, que conviene que la Iglesia condescienda con las circunstancias, ceda y se acomode á los deseos de la política del día en el gobierno de los pueblos. Este parecer es bueno, si se entiende de una condescendencia racional, conciliable con la verdad y la justicia; esto es que en atención á la esperanza cierta de algún gran bien, la Iglesia se muestra indulgente y concede á las circunstancias lo que puede, sin violar la santidad de sus deberes. Otra cosa es cuando se trata de prácticas y de doctrinas ilícitamente introducidas por la corrupción de las costumbres y las falsas opiniones. Ningún tiempo puede carecer de religión, de verdad, de justicia; y como Dios puso tan grandes y santos intereses bajo la salvaguardia de la Iglesia, querer que ella disimule con la falsedad y la injusticia ó muestre connivencia con lo que daña á la religión, es pretensión absurda.”

La separación de la Iglesia y el Estado rechazada por la Iglesia Católica, y admitida y defendida con ardor por el *liberalismo*, da origen á otros artículos que ahondan más la separación que existe entre éste y aquélla. Prescinde el liberalismo por completo de que el hombre ha de ser religioso; y tiene por lo mismo un fin que se halla más allá de la muerte. Ni atiende

tampoco á que Dios en su sabiduría haya podido consentir siquiera en que se haga caso omiso en la sociedad civil de cuanto más importa para la dicha del hombre y para el mantenimiento de los lazos que lo ligan con la Divinidad. Otro es el sentir del *liberalismo*, y entre las libertades que él preconiza como hallazgos de la época, hay que poner en primer lugar la que “tan opuesta es á la virtud de religión, la llamada *libertad de cultos*.” Esta, dicen, se apoya en que cada uno es dueño de profesar la religión que á bien tenga, y aun de no profesar alguna. Semillante deber en el individuo parece que está fuera de toda duda; y no solo es así, sino como lo asevera el Padre Santo “entre todos los deberes del hombre el mayor, el más sagrado es el que nos ordena dar á Dios culto de piedad y religión. Añádase á esto que sin religión no puede haber virtud que merezca este nombre. La religión cuyas operaciones se ordenan directa ó indirectamente al honor de Dios, es la reina y norma de las virtudes. Ahora bien, la razón y la naturaleza afirman que la religión que se debe seguir por cada uno es aquella tan solo que ha sido mandada por Dios: de donde se deduce que cuando se ofrece al individuo, como legítima esa libertad de que venimos hablando, se le da la facultad de desautorizar el más sagrado de los deberes, de desobedecerlo. Esto

no es libertad sino depravación de la libertad y esclavitud del alma envilecida por el pecado. ”

Si se considera ahora lo que es esa mentida libertad relativamente á la sociedad civil, se descubre desde luego que á otra cosa no va encaminada que á conseguir “que el Estado ni dé, ni quiera que se dé á Dios culto alguno público, que ninguna religión se prefiera á otra, sino que todas se han de considerar con igual derecho.” Aquí es muy de notarse una circunstancia; y es que tratándose de la *libertad de cultos*, considerada en el sentido que vengo exponiendo con las palabras del Sumo Pontífice, no se tiene ni se debe tener en cuenta el pueblo, sea cual fuere, sobre todo si éste en su totalidad ó en su inmensa mayoría, como, por ejemplo, entre nosotros hace profesión de católico. A nadie puede ocultarse cuán falsa es semejante teoría desde luego que está fundada en dos razones igualmente falsas, á saber, que la sociedad civil no tiene obligación alguna para con Dios, ó que le es lícito impunemente romperla. “Dios, dice León XIII, es quien formó al hombre para la sociedad y lo colocó en ella con sus semejantes, para que él encontrara lo que necesita su naturaleza, y no podía obtener en el aislamiento. Por eso la sociedad civil, como tal, debe necesariamente conocer á Dios por padre y

autor, reverenciar su poder, honrar su dominio. *Prohíbe* la justicia, prohíbelo la razón que el estado sea ateo, ó lo que se reduce al ateísmo, mire con iguales ojos, como dicen, á todas las religiones, y conceda indistintamente á todos los mismos derechos. Puesto que es necesario que en la sociedad civil se profese una religión, deberá profesarse la única verdadera; la cual se reconoce sin dificultad particularmente en los países católicos; pues en ella aparecen el sello y los distintivos de la verdad." Las palabras que dejo trascritas contienen la clara exposición de la doctrina de la Iglesia y de ella se colige fácilmente cómo está en abierta oposición con los principios del liberalismo en el punto concreto que venimos tratando.

Entre las más hermosas prerrogativas que el hombre ha recibido de mano generosa del Señor, no hay á la verdad ninguna que más lo engrandezca, que la facultad de comunicarse con sus semejantes por medio de la palabra. Asimismo entre los descubrimientos que más pueden enorgullecernos, está el de la imprenta; como que ha venido á ser el medio fácil y duradero de transmitir, sin que á ello se opongan los tiempos ni los lugares, las ideas del individuo, y de acrecentar así, en favor de las generaciones que vienen, su propio tesoro de sabiduría, con el de la ciencia y la experiencia de las

generaciones que fueron. Esto supuesto, hay que ver lo que rectamente ha de juzgarse de otra de las llamadas conquistas de la edad moderna, *la libertad de la palabra y la libertad de imprenta*. En asunto de tanta trascendencia nada mejor puedo hacer que poner íntegramente ante los ojos de usted las palabras del Sumo Pontífice: “Ciertamente, dice, si esta libertad no va justamente moderada; sino que traspasa los debidos términos y medida, apenas hay necesidad de decir que no puede ser objeto de un derecho. El derecho, en efecto, es una facultad moral; y como lo hemos dicho, y debe repetirse muchas veces, es absurdo pensar que la naturaleza haya dado igualmente y sin distinción tal facultad á la verdad y á la mentira, al bien y al mal. Para propagar en la República, con prudente libertad, la verdad y el bien, de modo que lleguen al mayor número, derecho hay: las opiniones mentirosas, la peor peste del entendimiento, y los vicios, que corrompen el alma y las costumbres, justo es que con gran sollicitud sean reprimidos por la autoridad pública, para que no puedan cundir y hacer estrago en la sociedad. Los descarríos de un ingenio intemperante, los cuales ciertamente, redundan en opresión de la ignorante muchedumbre, justo es que sean reprimidos por la autoridad de las leyes, no menos que los agravios de la violencia

contra los débiles. Esta represión es tanto más necesaria cuanto que á la grandísima mayoría de los ciudadanos es imposible, ó poco menos, precaverse contra los artificios y astucias de dialéctica, sobre todo cuando halagan á las pasiones."

"Concedida á quien quiera libertad ilimitada de hablar y de escribir, nada quedará sagrado é inviolable; no se perdonará ni aun aquellos grandes dictámenes de la naturaleza, tan llenos de verdad, que deben mirarse como el común y más noble patrimonio del género humano. Así las tinieblas ocultarán poco á poco la verdad, y, como con frecuencia acontece, fácilmente predominarán errores tan perniciosos como variados. Con esto gana tanto la licencia cuanto pierde la libertad; pues la libertad es tanto mayor y estará tanto más segura, cuanto mayor sea la represión del libertinaje."

La experiencia de todos los días, aun sin traspasar los límites de nuestra patria, hace incontestables los conceptos que dejo copiados y que contienen las doctrinas católicas sobre libertad de pensar y libertad de imprenta; y hacen patente que el *liberalismo* va errado y está en pugna con el catolicismo, cuando enseña y sanciona *la libertad ilimitada de expresar el pensamiento de palabra y por escrito*.

Conviene llamar la atención á las siguientes palabras de León XIII: "En las cosas cuestio-

nables que Dios ha dejado á las disputas de los hombres, lícito es á cada uno opinar como le parezca y manifestar libremente su sentir; la naturaleza no se opone á esa libertad, la cual nunca conduce á los hombres á ahogar la verdad, y sí muchas veces á averiguarla y ponerla en claro." Me parece que con estas expresiones queda desvanecido el cargo tantas veces y tan injustamente hecho á la Iglesia de que rehuye la luz, y que, por propia conservación, cierra la puerta al apostolado de la prensa y la difusión de los conocimientos humanos. Aserción es ésta que contradice la historia de los conocimientos humanos, y la conducta de la misma Iglesia, que favorece hoy, como ayer, las ciencias y las artes, y se gloria de dar impulso á los progresos del entendimiento humano. Ella tan sólo rechaza, y lo hará siempre como opuesta á la justicia, al derecho, á la razón, el abuso de los medios destinados tan sólo á la propagación de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno.

De lo que queda dicho se pasa como naturalmente á otro punto no menos importante, el cual se roza con las doctrinas liberales: me refiero á la *Libertad de enseñar*. Nadie puede desconocer á la Iglesia el derecho que le asiste de enseñar á sus hijos la verdad. Ella es la madre y la maestra de todos los hombres, pues para eso la instituyó Jesucristo.

A ella le toca guardar y conservar intacto el depósito de la verdad revelada, y deducir todas las consecuencias que de éstas se desprenden. Y como en el hombre el ser religioso está íntimamente unido con el ser miembro de la sociedad humana, resulta que como lo accesorio sigue á lo principal, así la autoridad docente en lo religioso debe ejercitar su autoridad de enseñar é influir dentro de justos límites en cuanto se roza con la ilustración del entendimiento y la formación del corazón. Vamos á ver ahora cómo expone la Iglesia por la boca de León XIII, estos puntos.

“Estando fuera de duda que sólo la verdad debe llenar los entendimientos, como que en ella residen el bien, el fin y la perfección de las naturalezas inteligentes; la enseñanza no debe ser sino de verdades, tanto para los ignorantes como para los instruídos, á fin de dar á los unos el conocimiento de la verdad y afirmarlo en los otros. Por este motivo es obligación clara en los que enseñan extirpar de los entendimientos el error, y con seguras defensas obstruir el camino á las opiniones engañosas ”

Por lo expuesto se ve desde luego, que es contra la razón el pretender que se pueda dar indistintamente al hombre toda clase de enseñanza, proponerle lo mismo el bien que el mal, la verdad que la mentira; aun en el supuesto

de que aquél pueda discernir el bien del mal, lo cierto de lo falso. Es este otro abuso de la libertad, que la Iglesia rechaza y no sin razón. Oigase á León XIII: “Es manifiesto que choca violentamente con la razón, y que tiende á trastornar profundamente las inteligencias esa libertad de que vamos hablando, cuando reclama la licencia de enseñar cuanto se le antojare: licencia que sin faltar á su deber, no puede el poder público conceder en la sociedad, tanto más cuanto que, la autoridad de los maestros vale mucho para con sus oyentes, y rarísima vez puede el discípulo juzgar por sí mismo de la verdad de lo que se le enseña.”

El legítimo uso de la libertad de enseñar forzoso es que se encierre dentro de ciertos límites. Esto aparece claro si se atiende á que la verdad, único objeto de la enseñanza es de dos especies, nos dice el Sumo Pontífice: verdad natural y verdad sobrenatural. “Las verdades naturales, cuales son los principios naturales y las conclusiones inmediatas que de ellos deduce la razón, constituyen un patrimonio común del género humano; sobre el cual, como sobre fundamento firmísimo se apoyan las costumbres, la justicia, la religión y la existencia misma de la sociedad humana.”

La verdad sobrenatural está confiada á la Iglesia. Dando por sentada que ésta tiene el

deber de conservar, como en efecto conserva intacto el depósito de sus dogmas; lógicamente se desprende que Dios ha querido que la Iglesia participe del divino magisterio, con el privilegio también de no conocer el error. Por esto es la mayor y más segura maestra de los mortales, y en sí misma lleva inviolable derecho á la libertad de enseñar. Por donde se colige cómo es opuesto á la Iglesia el sostener que pueden discutirse y examinarse libremente todas las verdades; y aceptar unas desechar otras ó porque no se comprenden ó porque incomodan, disgustan y aprisionan. El libre examen, fundamento y origen del protestantismo, admitido también por el *Liberalismo*; si ha sido fuente de innúmeros errores en el seno de las religiones disidentes, ha originado no menos desconcierto y división entre cuantos desechan en teoría y en práctica el principio de autoridad.

Dos observaciones hace el Sumo Pontífice en que conviene fijar la atención. Es la primera que “las verdades reveladas por Dios y las verdades naturales no pueden estar en oposición real, de suerte que cuanto con aquellas choque ha de ser inevitablemente falso. Por lo mismo, se sigue que el divino magisterio de la Iglesia, está tan lejos de entrabar el anhelo de saber y el desarrollo de las ciencias ó de re-

tardar en alguna manera el progreso de la civilización, que antes á esos bienes contribu-ye con abundante luz y firme amparo.”

Es de observarse en segundo lugar que “no hay motivo para que la libertad lleve con indignación ó la ciencia digna de su nombre tenga á mal las justas y debidas leyes con que la Iglesia y la razón piden de consuno que se rija la enseñanza entre los hombres... Y no es para omitirlo aquí, abierto queda campo inmenso en que la actividad y los ingenios de los hombres pueden moverse y ejercitarse á su placer; esto es, quedan todas aquellas materias que no tienen conexión necesaria con la doctrina de la fe y cristianas costumbres, ó sobre las cuales la Iglesia, no haciendo intervenir su autoridad, deja amplia libertad al parecer de los sabios.”

Concluyo este punto de la libertad de enseñar con las mismas palabras de León XIII: “Con estas consideraciones se comprende cuál es la especie de libertad que con igual ardor pretenden y propalan los secuaces del *Liberalismo*. Por una parte se arrogan y atribuyen á la República tanta licencia que no vacilan en abrir amplia puerta á las más perversas opiniones: por otra, ponen á la Iglesia multiplicadas trabas, confinan su libertad entre los límites más estrechos que pueden, aun cuando

en la enseñanza de la Iglesia no hay inconveniente alguno que temer, y sí grandes provechos que esperar.”

Falta, por último, tratar de otro punto en que el liberalismo se pone en oposición con la Iglesia, es á saber: lo que ha dado en apellidarse *libertad de conciencia*. Nada mejor puedo hacer que reproducir íntegras las palabras de nuestro Santísimo Padre el Papa: “Proclaman, dice, con grande empeño lo que llaman *libertad de conciencia*. Si con ella se quiere decir que á cada cual es lícito honrar ó no honrar á Dios, refutada queda con los ya aducidos argumentos. Mas puede tomársela en el sentido de que en la sociedad civil el hombre ha de tener facultad para seguir la voluntad de Dios, y cumplir sus Mandamientos, ya que así lo prescribe la conciencia. Esta sí es libertad verdadera, ésta es digna de los hijos de Dios; ella protege gloriosamente la dignidad de la persona humana, está por encima de toda fuerza y de toda opresión, y ha cautivado siempre los deseos y el particular cariño de la Iglesia. Esta libertad la reivindicaron con su constancia los apóstoles; la corroboraron con sus escritos los apologistas, con su sangre y con su inmenso número la consagraron los mártires. Y con razón porque ella da testimonio á un mismo tiempo del absoluto y justísimo dominio

de Dios sobre los hombres, y del supremo y principal deber de los hombres para con Dios. Nada tiene de común con el espíritu de sedición y rebeldía, ni intenta derogar en lo más mínimo la obediencia á la autoridad pública, la cual no tiene derecho de imponer preceptos y exigir su cumplimiento sino mientras en nada discrepa de la potestad de Dios, y se contiene en el orden por Dios establecido. Mas cuando dé un precepto manifiestamente contrario á la voluntad divina, entonces se aleja de aquel orden y se pone en choque con la autoridad de Dios: justo es, pues, que no se le obedezca. ”

“ Al contrario, para los *liberales* que hacen al Estado amo absoluto y omnipotente, y que proclaman que se ha de vivir sin hacer cuenta alguna de Dios, esta libertad, unida con la honestidad y la religión, es del todo desconocida; y al que algo hace para mantenerla, lo acusan de delito y atentado contra el orden público. ”

He presentado hasta aquí la doctrina católica relativamente al liberalismo sirviéndome, como dije al principio, casi exclusivamente de las palabras del Sumo Pontífice León XIII en su admirable Encíclica *Libertas*. Lo he hecho deliberadamente, sin apelar á esos mismos principios liberales; porque el documento alu-

dido va encamínado, quizá mejor que cualquiera otro á presentar la verdad, de tal manera que las almas deseosas de conocerla, y dispuestas á seguirla honradamente una vez que la conozcan, se persuadan de que la razón, según se expresa el Concilio Vaticano “demuestra los fundamentos de la fe, y esclarecida por su luz, desarrolla la ciencia de las cosas divinas; la fe libra y previene á la razón de los errores, y la enriquece con variados conocimientos.

Pongo punto á esta exposición doctrinal, resumiendo todo lo dicho en los mismos términos que León XIII: “De lo dicho se sigue que *de ningún modo es lícito*, pedir, defender y otorgar sin discernimiento libertad de pensamiento, de imprenta, de enseñanza y de cultos como derechos naturales del hombre; que si la naturaleza los hubiera dado, derecho habría para desconocer la soberanía de Dios, y ninguna ley podría regular la libertad humana. Síguese también que las libertades pueden sí tolerarse, cuando intervienen causas justas; pero dentro de determinadas reglas, para que no degeneren en licencia y en desorden. Y donde la costumbre las tiene introducidas, conviértanlas los ciudadanos en libertad de obrar bien y *sientan de ellas lo que la Iglesia siente. Porque ninguna libertad ha de tenerse por*

*legítima sino en cuanto facilita el verdadero bien ;
fuera de ahí, nunca.*

*
* *

Voy á concluir la presente carta. Si me es
dado expresar un deseo y una esperanza, éstos
no son sino de que mis compatriotas á quienes
amo con todo el ardor de mi alma de Obispo
y de padre, pesen las doctrinas que acabo de
exponer y vean de qué manera han de proce-
der en lo sucesivo para obedecer á las obliga-
ciones que les imponen á todos, por una parte
la razón, la fe y la autoridad de la Iglesia en
cuyo seno nacieron; y por otra, los intereses
bien entendidos de la sociedad civil y de la
patria.

En Colombia el liberalismo defiende los
mismos principios que en las demás naciones :
los efectos no son ni han sido menores que en
otras partes. Por lo mismo, á los colombianos
van dirigidas todas las enseñanzas, todos los
cargos justísimos, todas las amonestaciones de
padre que León XIII ha dirigido al mundo en-
tero; y que, en cuanto lo estrecho del tiempo y
de las circunstancias me lo han permitido, me
he esforzado en exponer clara y calmadamente
en esta carta.

Ojalá que mis palabras alcanzaran á conmover á todos los hijos de Colombia, para que, sin pasión y con deseo de aprovechar, se resolvieran todos á conformar sus principios políticos con los religiosos y reconocieran que ahora, como antes, es la Iglesia la que hace ondear por todas partes la bandera de la verdad; y que ella hace oír siempre su voz en favor del oprimido, no menos que de los fueros de la libertad humana bien entendida. Que los hombres de buena voluntad y de recto corazón no vacilen en desprenderse del afecto á las doctrinas del *liberalismo*, tál como la Iglesia las entiende y las reprueba. Entonces sí se verá que la libertad nada tiene que temer de la Iglesia, y cesará toda rivalidad, como tiene que cesar cuando el mal y el error desaparecen ante el bien y la verdad, que solos pueden y deben reinar en el mundo de las inteligencias y de los corazones. El bien, la verdad, y la vía que á ellos conduce están en la Iglesia instituída y sostenida por Nuestro Señor Jesucristo.

En mi calidad de Prelado no me es indiferente la suerte de la Patria. Por eso hago un llamamiento á todos para que busquen en la paz y la concordia el remedio á cuantos males aquejan á esta Nación digna de mejor suerte.

Toca á los encargados del poder público excogitar los medios más adecuados para que se consolide el orden y reine la justicia. Las instituciones humanas por más perfectas que se las repunte, son siempre susceptibles de las enmiendas y reformas que dicta la experiencia y que reclama la opinión de los ciudadanos honrados y animados por los verdaderos intereses de la sociedad. Así pues, hago votos porque los encargados del Gobierno y los legisladores en particular, despuesde estudiar las necesidades y las exigencias legítimas de los pueblos, lleven á cabo, por los medios legales, y previo maduro examen aquellas reformas que aseguren la paz, que faciliten la buena marcha de la sociedad y aseguren los derechos legítimos de los ciudadanos, de acuerdo con la justicia, con la Constitución y con las leyes nacionales.

Cierro yá esta correspondencia con las siguientes palabras del Sumo Pontífice, que expresan asimismo mis deseos y mis más sinceros sentimientos: “En la humildad de nuestro corazón, elevamos á Dios nuestras miradas suplicantes, y ardientemente le rogamus que se digne derramar en los hombres la luz de su sabiduría y de su consejo, para que, confortados con estos dones celestiales, puedan en puntos de tal importancia, percibir la

verdad y conformar á ella su vida pública y privada, en toda coyuntura y con incontrastable constancia.”

Soy de usted muy atento seguro y servidor,

✠ BERNARDO,

ARZOBISPO DE BOGOTÁ

Bogotá, 11 de Noviembre de 1898.



... ..
... ..
... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

